

DRIZZ
DRIZZ
30°C



Crema de Oro

Vea Ud. lo que dice la Ciencia Universal: «Nada supera su eficacia a esta maravillosa Crema para la conservación del Cutis, concluir con los granos, señales de viruelas, grietas, los paños, etc. Una mujer que usa la **Crema de Oro** se encuentra preparada para competir en hermosura con las mas bellas...»

Boticas y Perfumerias

Francois Saint Bonnet

Parfumerie, PARIS

El Profesor.—Bueno; en conclusión: ¿Cuál es la economía?

Alumno.—Sabido es que una mala digestión...

El Prof.—Pero qué digestión ni qué niño muerto... qué tiene que ver.

Alum.—Señor, quiero decir que una mala digestión, acarrea gastos como ser de médico, medicinas y demás enjuagues, lo que se evitaría tomando antes de cada comida una copita de

Cinzano

He ahí la economía.
—¡Aprobado!



Imprenta

Sud-Americana

A. PRAT, 1122

EJECUTA TODO TRABAJO

DE IMPRESIONES Y

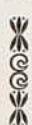
ENCUADERNACION.

PRECIOS EXCEPCIONALES

RECIBE ORDENES DE PROVINCIAS



**PLUMA
Y
LAPIZ**



Suscripciones: 1 Año \$ 15.00
Al extranjero » 20.00

Para suscripciones, avisos, informaciones, dirigirse al señor *Arturo H. D' Alençon*, Administrador de PLUMA Y LAPIZ, casilla 1684, Santiago; y al señor *E. Montenegro*, EL MERCURIO, en Valparaíso.

PLUMA Y LÁPIZ

SEMANARIO DE ARTE



ADMINISTRADOR

Arturo D'Alencón



DIRECTOR

Fernando Santivan



DIRECTOR ARTÍSTICO

Cristóbal Fernández



PRIMER REDACTOR

Martín Escobar

Secretario: Daniel de la Vega.

Correspondencia al Director: Casilla 2443

Oficina de Redacción: Morandé 432

Administración; Suscripciones, Avisos, Informes,

Casilla, 1684

AÑO I

SANTIAGO, 23 DE AGOSTO DE 1912

NUM. 6

Opiniones

Cuando se comienza la vida, cualquiera opinión sobre nuestros trabajos forma verdaderas tempestades de inquietud, de cólera, de alegría, de zozobra, en nuestro espíritu ávido de emociones.

Es la falta de aplomo de la naciente personalidad que ve amenaza de fracaso en toda negación, y horizontes de triunfos en cada palabra de aliento.

Luego, cuando el sol de la vida nos va tostando el rostro, cuando las caídas comienzan á «curtir» la epidermis, embotando en parte su irritable sensibilidad, las críticas apenas si rozan la superficie del espíritu.

Entonces se le dá á cada palabra «crítica» su verdadera significación. Ni se les concede entero crédito á las alabanzas, ni se exagera la importancia de un juicio adverso.

Sabemos que, de cien opiniones diferentes, no hay dos que concuerdan sobre un mismo punto. El mundo, como un niño voluntarioso, nos pide por sus miles de bocas, algo que alhague su infinita variedad de temperamentos. Aquél desea trabajos amables, sonrientes; éste exige dramas hondos, amargos; aquel otro, confites de romanticismo dulzón; estotro, sabias concentraciones de vida al desnudo.

Y concluiremos por encogernos de hombros como aquellos labriegos de la Fábula de la Fontaine: «Le Meunier, son

fils et l'âne» quienes, después de tratar inútilmente de seguir los consejos de todos los transeuntes, deciden cargar su burro á cuestas, pese á todas las observaciones.

**

Todo esto hemos pensado al leer, primero, un artículo del señor René Hurtado Borne,—joven novelista de innegable talento,—que nos ataca rudamente en un diario por cierta caricatura publicada en estas páginas, y hemos vuelto á pensar lo mismo al leer otro artículo de nuestro compañero de Redacción, Martín Escobar, publicado en esta misma sección, á propósito de concursos literarios y á cada paso encontraremos motivo para repetir igual cosa. Cuando Diego Dublé Urrutia ataca á Rubén Darío, ó cuando Armando Donoso enristra lanza en defensa del modernismo; cuando Daniel de la Vega se enfurruña ante los de la «antigua escuela» y cuando don Samuel Lillo fulmina á los muchachos endiablados de la más reciente generación.

«Pluma y Lápiz» sonríe fraternalmente á todos.

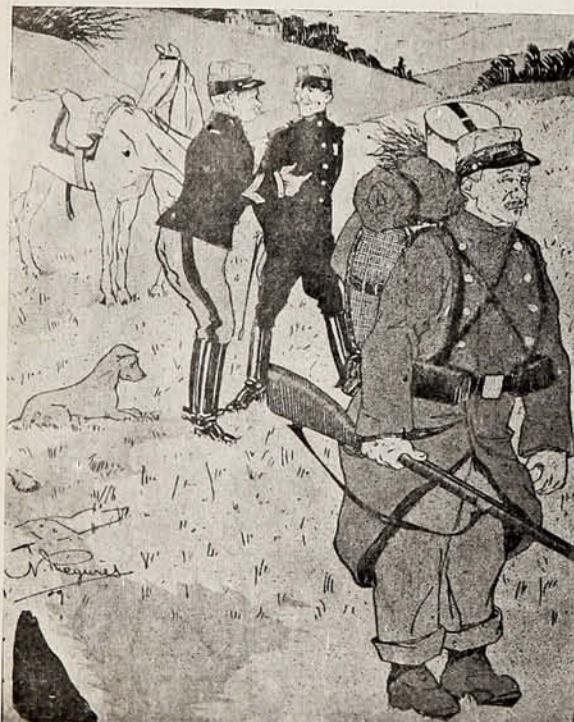
Porque sabe que las opiniones personales son siempre relativas, y que si algo valen, es más bien en su conjunto, en su chocar honrado y fogoso, formando así la sinfonía orquestal de la naciente literatura patria.

PRECAUCION



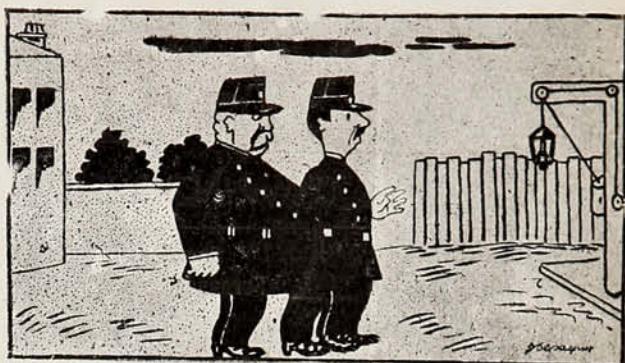
Ella.—A fin de que no llamemos la atención, voy a presentarte como hermano mío...

EN LAS MANIOBRAS



—¡Qué brutos son estos oficiales! —¡Quién se le ocurre mandarme a reconocer un camino que no he visto nunca!

ENTRE POLICIALES



—Esta calle es demasiado solitaria y tiene aspecto de no ser muy segura.

—Sí; es preciso que nos vayamos a otra.

LA AMAZONA

[(Ante un retrato fotográfico)]

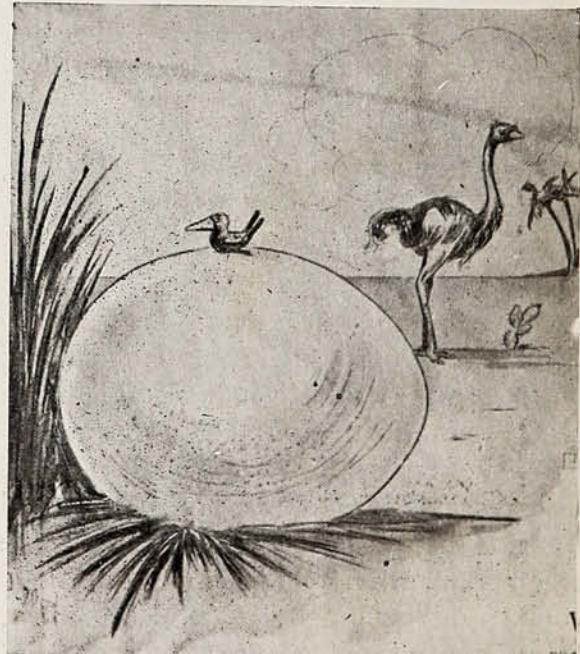
La levita ajustada y el gorro estrafalario, el vestido tan sobrio, tan árido y oscuro, te hacen lucir un aire barroco y visionario que profetiza el gusto de algún arte futuro.

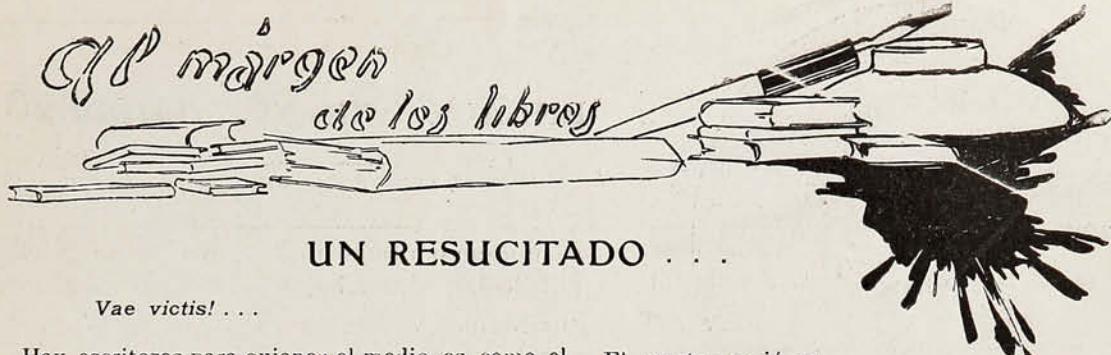
El carácter, las líneas de un humor refractario, el bizarro atavío de «italianismo» puro y el marcial movimiento de tu cuerpo estatuario, no son los que convueven mi entusiasmo maduro; sino tu gran juventud, aristócrata amada; tu sangre hirviente y casta, tus ojos lancinantes, tu rostro indiferente, tu piel inmaculada.

Todo me martiriza, me aplasta en desgarrantes angustias, porque tu eres la amazona malvada que hace gemir á mialma con la fusta y los guantes.

ALBERTO MORENO.

AMBICION!





UN RESUCITADO . . .

Vae victis! . . .

Hay escritores para quienes el medio es como el huño: les envuelve, les baña enteramente y ni siquiera se dan cuenta de que están dentro de él. Y no es que ellos sean de la casta de espíritus fuertes, capaces de insultar al tiempo,—de que hablaba el poeta griego,—y que bien pudieran vivir fuera de su época en violenta superación de ideal y de ensueño; por el contrario: alientan en él sin darse cuenta que existe, sin sentirlo y sin comprenderlo. Este es el caso curiosísimo de Diego Dublé Urrutia, poeta que allá por sus verdes mocedades compuso hermosos versos y que hoy, ahogado por sus menesteres diplomáticos, ha dejado morir en él al poeta, al lírico joven, para transformarse en un burgués cualquiera, pero en un burgués que lleva sobre sus hombros el pecado divino de haber comprendido la belleza, de haberla sei tido hondo y de haberla dejado escaparse un buen dia, como una cosa inútil, como si fuese un estorbo para la gravedad de su misión cortesana. Y es la ocasión de preguntarse aquí: ¿acaso la diplomacia constituirá un peligro para nuestros escritores jóvenes? en ella perdió Emilio Rodríguez Mendoza la poca frescura que como novelista le quedaba antes de partir de Chile, en ella perdió también Angel Pino ese su buen humor chileno, sano, retozón y alegre, á cambio de esta gravedad insoportable de que se ha revestido en la actualidad para hilvanar hasta gacillas volan teras; y, en ella perdieron también todo sus bagajes de ensueños Gustavo Valledor, Augusto Thomson y Diego Dublé Urrutia.

Así, pues, no me ha tomado de sorpresa que en una carta reciente, publicada en esta revista, diga el poeta «Del Mar á la Montaña», entre otras cosas, con vistas á lo trascendental y á lo *cursi*, lo siguiente: «... En Europa, la poesía no lleva hoy ningún rumbo fijo. Ningún poeta grande se presenta. En España, Rubén Dario ha conseguido *decadentizar* (sic) á los buenos españoles, movimiento superficial y sin ningún alcance que entretiene á los peninsulares con ilusiones de renacimiento» .. Hasta poco antes de leer tal *auto-gnosis* con pretensiones pontificales, me confieso de haberme contado entre los pocos que creían firmemente en el porvenir literario de Diego Dublé Urrutia, y me atrevía á aguar ar el tan deseado parto que nos reservaban su lirismo y su afán de estudiioso.

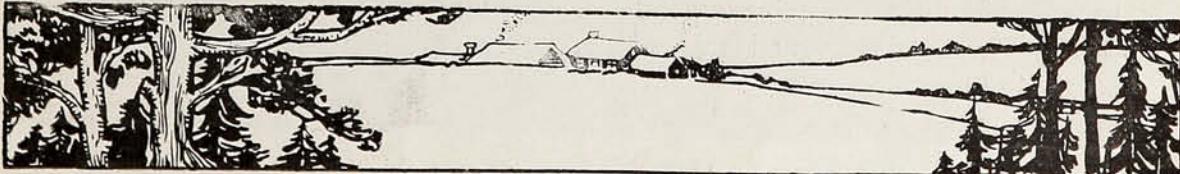
Desgraciadamente, ante el enigma de las quasi confidencias de la carta dirigida á Allan Samady, dudo y rezó para mi fuero interno como lo hiciera Quevedo ante una calavera: «*Requietcat in pace; joh pobre muerto en vida; tus ideales son ceniza vana...*»

El poeta murió en él con la juventud: ¿tal vez de angustia? acaso de impotencia? Su falta de curiosidad intelectual es signo visible de que en su espíritu desierto ha triunfado Caliban sobre Ariel...

«Ningún poeta grande se presenta»—dice—; y, nosotros, americanos, pobladores en el último *coin du mont*, que no usamos cristales de aumento, nos atreveríamos á preguntarle, con cierta curiosidad de escolares inquietos: ¿Acaso un Francis Jammes, un Richard Dehmel, un Rudyard Kipling, un Gabriel D'Annunzio, un Eugenio de Castro, un Mauricio Maeterlink, un Rubén Darío ó un Guerra Junquerro, son poetas de poca monta ó lacayos de una lírica despreciable? ¿Cuándo un poeta cantó en versos más rotundos y humanos á la vida, como ese Atlante de las gestas del trabajo, que se llama Verhaeren? ¿Acaso jamás hubo porta-lira más ajeno al artificio que el maravilloso lírico de las «Clairières dans le cielo»? ¿Cuándo la poesía dramática revistió mayores explendores y tuvo acentos más intensos que en esos poemas siderales de D'Annunzio el Magnífico, que se llaman «La Nave» y «La Figlia di Jorio»? ¿Cuándo un poeta civil, mitad Tirteo y mitad Ezequiel, tronó en poemas más recios y duros contra la molicie de los privilegiados, que cuando Guerra Junqueiro encendió los carbones de sus versos sobre las llagas de la monarquía portuguesa? Y, ¿cuándo, por fin, se esucharon en lengua española sones más dulces y acordados que los de ese maestro divino de «El canto errante»? Sin embargo, Dublé Urrutia negará que todos éstos son grandes poetas, grandes renovadores, como lo fueron Góngora y Hugo en su tiempo? ¡Es tan facil odiar lo que se desconoce!... Solo así se comprende intensamente el sentido desconcertante de aquello que... «En Europa la poesía no lleva hoy ningún rumbo fijo»...

Concedámosle al señor Dublé Urrutia el derecho de lo que desea: vivir en pleno anacronismo creyendo que la poesía murió con Lamartine y con don Ramón de Campoamor. Empero, nosotros, continuemos en la creencia de que la lírica actual está más cerca de nuestros anhelos de hombres modernos, porque es más humana, porque todo lo penetra con sobria sutileza y porque abomina de la retórica, de la gramática y de ese clacismo empalagoso y hueco de los Ercilla, de los Ronsard y de los Moratines, habidos y por haber.

ARMANDO DONOSO.





Señorita María Cordero

:: ENLACE MUÑOZ - CORDERO ::

El domingo último fué bendecido en la Capilla del Sagrario, el enlace del Teniente, señor don Eduardo Muñoz Valdés, con la señorita María Cordero.

A esta ceremonia asistió una numerosísima y distinguida concurrencia. Fué seguida de una hermosa fiesta en casa de la novia.



Esperando la salida de los novios.

D. Eduardo Muñoz Valdés.

Frente al Sagrario.

LOS ESTUDIANTES EXTRANJEROS EN VALPARAISO



Después del banquete ofrecido el martes 13 del presente, por el Club Valparaíso a los estudiantes extranjeros a su paso por el vecino puerto

Plumay López



La breve dicha del amor

Campo florido en primavera
parece el alma del doncel:
brillando al sol, por la pradera
busca la abeja amor y miel.

Es el prodigo de la vida,
es el milagro del amor:
rompe la tierra enterneceda
el tallo pleno de vigor.

Tambien en su alma la doncella
lleva un jardin primaveral:
vaho de luna, luz de estrella
hay en la noche de cristal.

Es la promesa de la vida,
es la esperanza del amor:
como la abeja está dormida
rebosa miel la nubil flor.

Mañana en que igual luz alumbe
campo y jardin, ha de llegar:
reirá el sol desde la cumbre,
mientras la luna besa el mar.

Miel de la flor le bebe la abeja
y el tiempo bebe abeja y flor.
¡A una mañana se asemeja
la breve dicha del amor!

MANUEL MAGALLANES MOURE.

(Conclusión)

II

Dos días después, venían de regreso y les tocó almorzar en la misma casa.

Reía toda la cara de Mariquita cuando el joven le tendió la mano para saludarla. En cuanto hubo ocasión, le preguntó:

—¿Se ha acordado de mí?

Ella respondió riendo:

—¡Muchísimo!

—Me parece que Ud. se ríe de mí, Mariquita.

—¿Por qué?

—Como me contesta de ese modo...

—¿Quiere que se lo diga llorando?

—No, pero siquiera, más sería...

—No puedo ser seria; ya naci así.

Pero había dejado de reír. En sus ojos tranquilos se adivinaba un comienzo de turbación; desaparecieron los hoyitos de las mejillas.

El joven con un dejo de amargura:

—En cambio yo, en estos días, solo he sabido pensar en Ud.

—Mire qué mentira...

—¿Con qué objeto la habría de engañar?

—Para reírse de una...

—¡De veras! Debo tener una perfecta cara de burlón...

Hablaban de pie, junto al jardín, mientras Fernando y Dora recorrían las flores. Ella se inclinó para recoger un clavel blanco.

—¿Le gustan?

—Viniendo de Ud... ¡mucho!

La carita de la chiquilla se coloreaba.

Pero él no pudo continuar con sus piropos, porque los otros volvían.

Y por algo fatal, ya no les fué posible hablar á solas. Además, tuvieron que marcharse en cuanto almorzaron, porque era peligroso viajar de noche por aquellos cerros. Alcanzó, sí, á decirle, cuando estrechaba su mano, al partir:

—¡Pronto volveré á verla!

—A ver si es cierto...

El clavel que ella le diera iba en el ojal i su aroma suave y dulce lo envolvía en una atmósfera agradable. Y tuvo la seguridad que no percibía el perfume de la flor sino el de aquella chiquilla fresca y apetitosa, cuyo sabor sería el de una fruta en sazón.

Fernando guiñó un ojo:

—¿Con que ya la chiquilla le dió un recuerdo?...

Quiere decir que la cosa marcha...

Pero el joven no escuchaba, embebido en su pensamiento. Algo debería haber en ella de nuevo y de extraordinario, para que lo hubiera cogido así... ¿Qué mujer del pueblo podía jactarse de igual cosa? Le pareció que sus amores de antes habían tenido un poco de enfermizo y mucho de falso; y que solo ahora una pasión sana caía sobre su espíritu para refrescarlo.

El gordo canturreaba:

Maria mi dulce amiga,
angel de luz en la tierra...

Aquel hombre no podía marchar callado por los caminos: ó conversaba, ó cantaba... ó se dormía. Y entonces el roncar era otra música.

El joven lo interrumpió, riendo:

—¿Y á Ud. cómo le va con la Dora?

—Entre fuerte y suave... Pero mejor es la castellanita...

—¡Ya lo creo!... Solo que las visitas son tan cortas...

—Todo es cuestión de mañana... Al otro viaje nos hacemos los alojados. Á la María le exigiremos que cante... Y en un descuido de la veterana...

El joven rió, reconfortado. Aquel gordo debería ser hombre de muchos recursos.



En el otro viaje llegaron á la hora de comida...

—¿Por qué tan tarde?—preguntó doña Juliana.

—Tuvimos mucho que hacer por el camino

—Y pasarán la cuesta de noche...

—Sí... salvo que alguien se conduela de nosotros...

Y, al decirlo, el gordo se reía con su risa socarrona. La campesina rió también.

—Ya sabe, don Fernando, que la voluntad es mucha, pero las comodidades pocas...

—No importa, señora... habiendo donde botar los huesos...

Entraban á la casa. Allí estaban las chiquillas, en alegre cuchicheo. Mariquita, tenía, como siempre, su carita llena de risa; pero cuando el joven le tendió la mano se puso repentinamente seria.

—No sabe qué largo he hallado este mes!—dijo él, sentándose á su lado.

—¿Por qué?

—Tanto tiempo sin verla!

Ella, un poco turbada, se inclinó para bajarse el vestido: se empeñaba en que no se le viera el comienzo de la pierna. Al fin quedaron solos asomando por debajo de la pollera castellana unos pies que el calzado ordinario mostraban más grandes de lo que debían ser.

Las sombras se condensaban dentro del cuarto; el sol ya se había hundido tras los cerros de la travesía y la noche avanzaba lenta y cautelosa.

El joven aprovechó los cortos instantes que precedieron á la caída de la luz, para coger una mano de Mariquita, y por aquella mano pareció transmitirle todas sus ansias y todos sus deseos. Los dos callaron, cogidos de repentina turbación...

Cuando doña Juliana entró con la lámpara, Mariquita se paró, asustada... Y ya de pie, no sabiendo qué hacer, se acercó á mirar unos monos de «La Lira Chilena» pegados á la muralla. Sus ojos se detuvieron sobre unos versos amatorios.

El joven fué junto á ella:

—Le gustan los versos á Ud?

—Nó... Soy muy floja para leer...

—¿Entonces aquí no lee nada?

—Nada.

Y él se quedó pensando qué pasaría por aquella cabecita ingenua, á donde no había penetrado el veneno de las lecturas.

El gordo fué en busca de la guitarra y se la presentaba á Mariquita.

—Una tonadita, para alentar la confianza...

La chiquilla echó los brazos hacia atrás.

—Yo nada sé.

—¡Tan rogada que la han de ver ahora!
Dora intervino:
—Canta no más niña...
El gordo le guiñó el ojo:
—No le tenga vergüenza al jovencito porque es muy llano...

Ella hizo que se enojaba y dió una patadita:

—No quiero cantar, bah!

—¿Aunque yo se lo ruego?—preguntó Enrique.

Mariquita se rió y lo miró... El jóven tuvo feroces tentaciones de darle sendos besos en los hoyitos de las mejillas... La miraba, embebido en ella, ajeno a todo lo exterior...

—Bueno, pues,—dijo Fernando—ya que se están poniendo rogadizas, yo me haré el amable...

Puso el pié izquierdo en una silla, apoyó la guitarra sobre la pierna y empezó con cómico rasgueo:

A las orillas de un hombre había un río parado...

Como el final de la estrofa no era de los muy inocentes, Mariquita fué y le quitó la guitarra.

—Antes que Ud. comience con sus disparates, mas bien que can te yó...

Se sentó en el rincón menos iluminado, y estuvo largo rato rasgueando las cuerdas... Parecía que le costaba sacar la voz. Cantó al fin una tonada, cuyo estribillo era este:

¡Ay! negro mío,
por tí morire.

—Supongo que Ud. no se dirijirá á mí—dijo Fernando. El único negro aquí soy yo.

—A Ud., pues... ¿á quien otro quería?

—Puede sentirse celoso mas de alguien.

—No veo quien..... Y reía pícaramente.

La comida vino á interrumpir la tertulia. Las chiquillas se fueron y ellos comieron solos allí. El jóven estaba meditativo e inquieto. El gordo sonreía.

—Pensativo me lo dejó la chiquilla...

—No; me acordaba de mi casa...

—¡Sópleme éste ojo!

Como en aquel momento asomaba la luna tras los cerros del puelche, añadió:

—Creo que no andaría mal un paseito por ahí...

—De veras!

—No le he dicho á Ud. que más vale maña que fuerza?

Luego que terminaron de com-r. salieron hacia el patio. Ya andaban las chiquillas por allí. Fernando les propuso:

—A ver, niñas, háganse las amables y acompañen-nos hasta la orilla del estero.

—¿Por qué no van solos?—preguntó María.

—Nos puede salir una ánima por el camino.

Luego se acercó á doña Janana.

—Señora ¿dá Ud. permiso?... Supongo que no temerá que nos robemos á las chiquillas. Somos pobres, pero honrados...

—Vayan no mas... está tan cerca.

—¡Esta señora merece un abrazo!

Y la abrazó deveras. La mujer se reía.

—Este don Fernando... ¡siempre tan bromisto!

Partieron reunidos los cuatro, andando lentamente. La luz blanca de la luna clareaba ya todo el valle. Una suave dulzura emanaba de todas las cosas: los cerros vecinos parecían grandes animales echados, durmiendo un sueño profundo; los árboles del bajo embebiéranse mirando hacia el cielo; y el ruido de las aguas al bajar de las cumbres tenía todo el acento de una melodía nocturna. Los grillos chirreaban ocultos entre las matas; á intermitencias, resonaba el alegre ladear de algún perro; y la brisa tenía en sus alas el lejano rumor de una tonada amatoria...

El jóven sintió penetrar en su alma el misterio del valle y la pálida luz de la luna..... Su corazón latía ahora con una ligereza mayor que la habitual; su garganta estaba seca; sus labios tenían sed...

Al llegar al angosto sendero del maíz, se quedaron atras como en la ocasión anterior..... Ella estaba seria y sus ojos tranquilos se fijaban en la luna. Enrique, ansioso, tomó una de sus manos y se la opri-mió con fuerza: entonces sintió una vigorosa corriente sensual á lo largo de sus nervios... y no pudo resistirlo: oclocó su mano derecha por debajo del mentón

de la chiquilla y con su brazo izquierdo le rodeó la cintura; la detuvo un instante; echó hacia atras su adorable cabecita, y allí á la luz plena de la luna, la besó piadosamente en la boca...

Aquel beso tuvo para él un sabor esquisito y nuevo, á los que diera en el pueblo se había mezclado la fragancia prosaica de los polvos de arroz... Y en esta chiquilla fresca había apenas el aroma de la manzana madura mezclada con un aliento cálido que le supo á rosas.

Mariquita, confundida, muy colorada, bajó la cabeza. El rumiaba, con delicia, el sabor imborrable de aquel beso. Hasta que se juntaron con los otros, al borde del estero, no hablaron una sola palabra.

—¡Qué linda está la noche!—dijo Dora.

—Sí, bonita está la luna—confirmó Fernando; y á renglón seguido cantó aquello de:

Pero hay otra cosa, niña,
que a mí me gusta más ..

—A ver, qué?—preguntó María.

—Esos ojitos de Uds.

—Bah!

Se sentaron en una gran piedra, al borde del agua. El estero semejaba un torrente de azogue, cuya blanca era deslumbrante. Las piedras de la orilla, plateadas por la luna, tomaban actitudes de seres que viven y que sueñan.

El joven sentado junto á Mariquita, se estrechaba contra ella. Y hubiera querido que nadie le escuchara, para decirle algo que tuviera la dulzura de la luz de la luna y la poesía de los campos dormidos. Pero el silencio de las cosas penetraba en su espíritu y le sellaba los labios. Solo el gordo Fernando se había tomado la tarea de mantener encendido el fuego de la conversación. ¿Pues no le había dado á aquel bárbaro por contar historias picantes? Repentinamente, cambió de repertorio y se puso á declamar versos de Espronceda y de Becquer. Terminó por proponer que cantaran los cuatro «la canción de las madreselvas». Y empezaron queda, dulcemente:

En aquellas soledades que me recuerdan, que me recuerdan, los tristes juramentos que oí de ella, que oí de ella...

III

Muy de alba se levantaron los dos al otro día. Y mientras trepaban al paso de los caballos la cuesta de la Pereza, recordaban los sucesos de la noche anterior.

—La verdad es—dijo Enrique—que la chiquilla me gusta harto...

El gordo guiñó un ojo.

—Amor que con fuerza empieza...

—Pero si es tan llana, tan sin revés!

—Y sus ojitos que dicen: ¡cómeme!

—Todo en ella es digno de alabanza.

—Claro que sí.

Estas conversaciones alivianaban el camino. Cuando menos lo pensaron, estaban en la cumbre. El joven echó una última mirada á la casita lejana, perdida en la bruma del amanecer, y suspiró.

El gordo cantó de voz en cuello:

Vuela suspiro
do está mi amada,
y do llegada
sorprendelá.

Enrique le interrumpió:

—¡Hombre! Ud. nació con vocación para las tablas.

—Gracias... No me gusta la carpintería.

—Me refiero al teatro... Con esa voz de barítono...

—Ahí tiene Ud. con este cuerpo y esta facha, muchas creen que naci para carnicer... De todos modos, cortando carne se gana mas que con estos empleos del fisco...

—En cambio, se pasa bien en los viajes...

—Sobre todo si hay castellanas por el camino...

❀❀

En lo sucesivo, cada viaje por aquella comarca, hecho una vez al mes, tuvo para Enrique un encanto que iba en aumento.

Partía de su casa demasiado temprano, y el corazón le saltaba de alegría. Fernando, al montar en su yegua tordilla, suspiraba ruidosamente. Mas que suspiro aquello parecía bufido.

—¿Tiene Ud. pena?—le preguntaba el joven.

—No; es que mando este suspiro á modo de anuncio de nuestro viaje. Hoy al despertar, dirá la

chiquilla «¡ya viene él! y tambien suspirará, no le quepa duda. Los suspiros se encontrarán en el camino y se harán un saludo.

Emprendían la marcha al galope largo. El caballo de Enrique marcaba siempre el rumbo.

—¡No se apure!—gritaba el gordo—Tarde ó temprano, de todos modos la veremos.

—Es que este caballo...

—¡Sópleme este ojo!

Y empezaba á cantar:

Cuando voy a casa
de mí •Marida•
se me hace cuesta abajo
la cuesta arriba.

Luego, como veía aparecer el sol, decía:

—En este momento la chiquilla se levanta... La cubre apenas una camisita de lienzo, de este de á chaucha la vara... Salta de la cama y sus piés desnudos...

—No sea usted sicalíptico...

—¡Sicalíptico, dijo? ¡Qué lástima no haber traído el diccionario!

El camino tomaba mayor gradiente y tenían que moderar el paso. El gordo lo aprovechaba para echar su sueño. Aquel bárbaro dormía sobre el caballo como si estuviera en mullida cama. El joven se ponía á meditar...

Al torcer el recodo desde donde se devisaba la casa por primera vez, Fernando se quitaba respetuosamente el sombrero.

—¿A quien saluda?—Le preguntaba el joven.

—¡Es que entramos al templo del amor!

Las chiquillas solían esperar de pie junto al camino. Y ambas, con sus caritas risueñas, demostraban su contento por aquellas visitas.

Enrique iba notando una cosa: Mariquita se mostraba cada dia más grave. A veces, mientras él hablaba, sus ojos claros se detenían con fijeza en el cielo azul.

Un dia—fué en el séptimo ó octavo viaje—ella le tuvo una mala nueva: pensaban mandarla para la ciudad, capital de la provincia.

—¿A qué?—preguntó el joven con angustia.

—Quieren que entre á la Profesional.

—¿Pero usted tiene parientes allí?

—Sí, una tía, que me quiere mucho.

—Cuando se vaya, iré á verla...

—A ver si no es un embuster...

Y bajó los tristes ojos pensativos.

❀❀

Dos meses después, cuando asomaba en el recodo final, el joven sentía que se le oprimía el corazón. Los arboles tomaron un aspecto sombrío y los cerros altos re-altaban con su monótona aridez.

A nadie encontraron á la puerta de trancas. Al llamado de Fernando, se presentó doña Juliana, risueña y mable como de costumbre.

—¿Y las chiquillas?

—Por ahí andan, la Dora...

—¿La Mariquita no está?

—Se fué á S... hace una semana.

Oyó el joven la noticia sin ninguna extrañeza. ¡Ya se lo había dicho todo el corazón!

Estuvieron allí un par de horas, lo suficiente para almorzar, y continuaron la marcha. Fernando protestaba.

—Ceo que es un disparate trepar la cuesta con este calor. Tan apurado ahora, y antes había que sacarlo con un par de yuntas.

—Tiene usted razón: faltando ella, todo esto me parece horrible.

—¡Aprieta! No creí que el amor le entrara tan fuerte...

—Pero si era tan graciosa... ¿No lo cree usted así?

—Yo ya perdí los fuegos de la juventud... y el amor no me quita el sueño.

El joven se rió.

—En cuanto á eso... usted sería capaz de echar su siesta diaria, en pleno fragor de un combate.

—¡De veras!... Y á propósito, ya me está viiendo la modorra... Con su permiso...

Soltó la rienda, se acomodó mejor en la montura, inclinó el sombrero á los ojos y se entregó á las dulzuras del sueño.

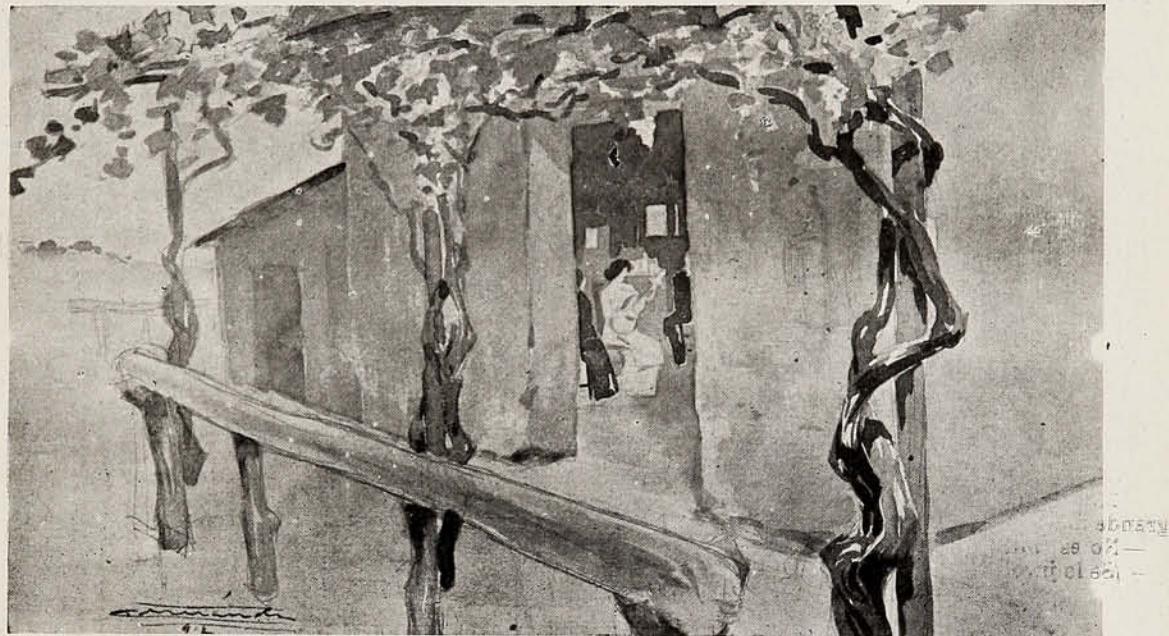
El joven se sintió realmente solo. Sus ojos se fijaron distraídamente en el valle. El verde de las charcas tenía matices oscuros, el agua había tomado el

ojos, para emprender lejanas aventuras... El amor, con el progreso, se pondrá prosaico y dia habría de llegar en que querer á una mujer tendría menos valor que beberse una copa de champaña.



Se había cumplido un año, se iba camino de enterrar el segundo, pero el recuerdo de aquella carita rosada como una manzana madura, no quería entrar en el número de los recuerdos borrosos. Unos ojos verde-claro, cándidos y tranquilos, lo acechaban desde las sombras; y á sus oídos llegaba el dulce rumor de una risa cristalina... ¡Y la gracia de aquellos hoyos en las mejillas que no tenía otra mujer!

Un correo le trajo un oficio de su jefe en Santiago. En él se le ofrecía un puesto, procisamente en aquella ciudad donde se hallaba María.



Y estuvo largo rato rasgueando las cuerdas.

color del plomo y las piedras de la orilla aparecían de un tinte rojizo, requemadas por el sol.

Las cabras cansadas buscaban refugio bajo la sombra escasa de los peñascos salientes; uno que otro asno estiraba el cuello y miraba al astro ardiente, como en son de protesta; las aguas gemían al escrutar las tierras cálidas.

Enrique sintió envidia de su compañero. Ambicionaba esa paz de espíritu, esa indiferencia ante la honda tristeza de las cosas... ¡Hubiera querido dormir!...



Pasaron los meses... No era que él se hubiera olvidado de su promesa; acaso le faltaba ánimo... ó temía á las burlas de aquel gordo materialista. Ir á la ciudad cabecera no era tampoco tarea fácil: cuarenta leguas á caballo, otras tantas en ferrocarril. Hacer tanto viaje para ver la carita risueña de una campesina? Sería exagerar el romanticismo...

No obstante, en ciertas horas de vida interior, se echaba en cara su cobardía. ¡Qué lejos estábamos de los tiempos de antaño! Entonces un caballero se dejaba matar por su dama, y bastaba una seña de sus

Su júbilo fué tan grande que corrió á contestar por telégrafo.

—«La veré de nuevo—pensó—reanudaremos nuestros amores; acaso la quiera más que hasta aquí... ¡Así lo dispone el destino!»



Llegó á la ciudad de noche, y era tanta su impaciencia, que hubiera corrido en el acto en busca de la casa de María.

Al otro día se levantó temprano. Antes de las ocho estuvo de pie en una esquina próxima á la entrada de la Escuela Profesional...

Solo porque su corazón tuvo un gran sobresalto, calculó que era ella la que venía... Llevaba ahora vestido de lana, á su cintura se ajustaba un corsé, sobre la cabeza descansaba un sombrero adornado con rosas de color sangriento... Estaba más delgada y más pálida....

Ella no lo vió y él no fué capaz de hablarla. Largo rato se quedó allí temblando de emoción.

Luego, al echar á andar, tuvo la idea de que era otra la que había visto. La Mariquita de mejillas rosadas y de sonrisa fresca, no podía ser esta muchacha pálida, con sombrero de señorita...

En los días siguientes, continuó en sus espionajes. Aún no tenía ánimos para acercarse á hablarle. No sabía decir si era timidez ó disilusión.

Pero una mañana que se había quedado distraído, ella pasó junto á él y lo reconoció.

—¡Ud!... exclamó toda turbada.

—Sí, yo...

—¿Desde cuándo está aquí?

—Hace unos cuantos días...

—¿Cómo no ha ido á verme?

—He venido todas las mañanas.

—No lo había visto.

—Pero yo sí á Ud.

Quedóse ella meditativa. Luego dijo con ligero sonreír:

—Ud. es un gran embuster...

—¿Por qué?

—¿No me prometió una visita en este pueblo, en cuanto me trageran para acá?

—Así fué, pero hubo dificultades: jesta tan lejos!

Como llamaran la atención de los transeuntes, echaron á andar con lentitud; ella iba de regreso hacía su casa.

Mientras caminaba al lado de ella, el joven la miró, ansioso... Su rostro había adquirido distinción: su nariz más fina, su cútis con la palidez de la porcelana; en sus ojos se notaba un poco de malicia.

—¿Y se ha acordado de mí?

—Mucho.

Pero no se rió como se reía antes. El tuvo la tonta idea de que aquel «mucho» no era espontáneo. ¿Cómo revivir á la Mariquita de otro tiempo? Quería hacerla reír.

—Se acuerda cuando atravesamos el maizal á la luz de la luna?

—Sí, me acuerdo.

Y se puso colorada.

—Ese beso, Mariquita, ha sido la felicidad más grande de mi vida.

—No es cierto...

—¡Se lo juro!

Turbada, la chiquilla bajaba los ojos.

—¿Y no ha echado Ud. de menos su casa de allá?

—No mucho. Aquí se pasa mejor.

—Si viera Ud. que triste está aquello!

—Sí, es triste mi tierra...

—No, no... era linda cuando Ud. Mariquita, estaba allá.

—A mí me parecía muy fea.

El joven estaba desconsolado.

Aquella conversación era la de un pololeo vulgar... ¡Cuánto deseaba ver los hoyitos de las mejillas! Pero ella no dejaba su actitud grave.

Llegaban á una esquina.

—Hasta aquí no más—previno Mariquita—Aquella es mi casa.

—¿Quiere que pase por aquí á la noche?

—Bueno.

Se despidieron con un largo apretón de manos. Los ojos de la chiquilla tomaron una expresión amorosa; en sus labios se insinuaba una dulce sonrisa...

Volvió en la noche, según lo prometido. Ella salió hasta la puerta, y pudieron tener amoroso cuchicheo. Seguía el pololeo vulgar... Del seno de la chiquilla se desprendía un olor á esencia de violetas, que á él le produjo un ligero mareo... Como ella le previno que se entraría luego, antes que su tía la sorprendiera, quiso aprovechar la ocasión... Por la calle silenciosa no pasaba un transeunte; la noche estaba oscura... La cogió como la otra vez por el tallo y acercó, sediento, sus labios á sus labios... Lánguidamente, la chiquilla se dejó besar... Pero de aquel beso no le quedó más á él, que el olor prosaico de los polvos de arroz. Era el beso corriente, sin nada que marcase una huella en el espíritu...

Regresó con el alma perturbada... ¡El encanto había muerto! Un altar todo blancura se derrumbaba silenciosamente en su corazón.

JANUARIO ESPINOSA.

BANQUETE AL SEÑOR MINISTRO DE HACIENDA



Banquete ofrecido el viernes último por sus amigos políticos al señor Ministro de Hacienda don Manuel Rivas Vicuña en el Club de la Unión



El escultor Augusto Rodin

renta años en la Escuela de Bellas Artes de París y se la ha vuelto a adoptar en éstos últimos tiempos.

Enseguida, viene la amplificación de los pérfiles.

Después que he dibujado, para dar mas amplitud a mis figuras, las exajero un poco y obtengo así mas verdad, mas movimiento y mas vida.

Siempre, siempre, he copiado la naturaleza en su ingenuidad, y es exagerando el movimiento como obtengo esa gracia que se acerca á la realidad. Es en suma, lo que hacian los antiguos, amplificaban la naturaleza.

Los Griegos eran realistas netos. La Venus de Milo es una mujer copiada, tomada de un ser vivo. Llamadla Venus, llamadla como queráis. Es una mujer verdadera, y por eso que es bella. Los grandes artistas antiguos miraban la naturaleza con ojos ingenuos. Veian bien y copiaban bien. Y ahora, delante de sus obras permanecemos emocionados; es que ellos consiguieron fijar un minuto, un segundo del móvil é infinito misterio.

Ordinariamente, en los escultores, hay siempre un lado estrecho, mezquino. Es preciso ampliar la naturaleza de manera que cada obra sea una síntesis.

El éxito, es, en suma, la probidad en el arte, el trabajo asiduo de la voluntad; como se puede llegar. Las modas cambian, la boga desaparece, pero las obras que reproducen los grandes arranques de la naturaleza, eso queda.

El cuerpo humano, manantial inagotable de hermosuras y sorpresas inesperadas para el artista! Hace cincuenta años que yo lo estudio y sin embargo cada día encuentro aspectos que ignoraba... Mis mode-

los acusan su belleza por lo general cuando dejan la postura que han tomado. Jamás les indico movimiento alguno; solo les digo: «Encolerizaos, soñad, rogad, llorad, danzad.» Soy yo quien debe escoger la línea que me parece real, pues hay tantas actitudes como movimientos tienen las olas del mar, que varian hasta el infinito. La belleza humana está resumida en la fábula de Proteo. Toda una vida, toda la obra de un artista apenas alcanzan a bosquejar unos pocos aspectos de la naturaleza con sus eternas e ilimitadas variaciones.

Cuando era principiante, hacia venir un modelo y le preguntaba en qué talleres había trabajado. Si venia de la Academia, lo notaba inmediatamente,



«Rodin». —El Pensador.



El pensamiento.

pues, apenas se encaramaba á la tama tomaba unas posturas aprendidas allá, movimiento invariablemente falso. ¿Por qué admirarse? ¿Qué se enseña en la Academia? La composición.

¿Y qué es la composición? La composición, es la ciencia del teatro, es decir, la ciencia de lo convencional, de las actitudes falsas, repetidas hasta la fatiga.

Por esta razón todo artista que se inspire ante modelo semejante, tiene que mistificarse forzosamente y mistificar la naturaleza, creyéndola con un gesto de cansancio que no tiene en la realidad.

Los artistas de la edad primitiva no obraban de esta manera. Copiaban la naturaleza, pero observándola, saturándose de ella en sus fujitivas manifestaciones para ir después á exteriorizarla, nueva, expléndida, rejuvenecida por el divino soplo de la imaginación. De este modo pudieron crear aquellas obras maestras y sublimemente hermosas que nos asombran en la actualidad.

Los artistas de la Edad Media han puesto en este decorado el drama mas bello: la misa, palpitante de la grandeza del drama antiguo. Las tragedias griegas no son mas que misas. El espíritu humano no ha hecho otra cosa que repetirse en las diferentes épocas de la vida; una vez que ha alcanzado la belleza ya no se sobrepasa a si mismo, puesto que lo a realizado no es mas que el fruto de su observación en la realidad; la naturaleza no cambia, es infinita; mientras que la imaginación no es mas que un pequeño círculo que podemos recorrer en un instante... En mi juventud he creido durante algún tiempo, como muchos otros, que el estilo gótico era malo. No lo he comprendido sino después de haber viajado mucho. Mi labor tesonera no ha sido estéril y al final, como un rey mago, he tenido que posternarme ante él.— He comprendido que el estilo gótico tiene la fuerza de la reproducción de la naturaleza. Es necesario que la verdadera artística se penetre de los principios primordiales de la creación.

Los constructores de la Edad Media eran sabios concienzudos que se trasmisian unos á otros sus reglas y conocimientos. Sacrificaban los detalles al efecto armónico del conjunto. Es por eso que las catedrales vistas á la distancia, son magníficas. Una catedral estan bella como el Partenon, quizas mas aún.

Una obra maestra debe ser, necesariamente, sencilla, puesto que no encierra sino lo esencial. Las obras maestras debieran ser comprendidas por la masa si esta no se hallase pervertida. Por consiguiente, cuando el artista se compenetra del sentimiento popular es cuando ha creado una obra maestra. Ha vivido con la muchedumbre lo aprendido con los maestros.

Se ha transformado á si mismo en alma colectiva para absorver con el corazón, con el sentimiento, lo que había penetrado y absorbido con el espíritu. La ley soberana consiste, pues, en hacer con las manos, lo que ven los ojos.

AUGUSTO RODIN.



Balzac (fragmento.)

EN EL CÍRCULO DE OFICIALES RETIRADOS



Manifestación de cordialidad o recida el jueves 13 del presente por los jefes y oficiales retirados á sus colegas del Ejército activo

EL FUEGO DE LA VIDA

Aquella noche, bajo la cálida luz de la pantalla, se hablaba de amor. Tenía la palabra Oscar, el más viejo de toda la reunión, treinta años, magníficamente vividos y cuidados. Oscar hablaba mostrando una fila de dientes blancos e impecables. Se iluminaban sus verdes ojos de resplandores de recuerdos, amortiguados en la sombra. Los demás oían: Carlos, Luis, Alberto, Raúl, el sofador, gran lector de novelas románticas y gran aficionado a las epístolas de amor, por lo cual sus compañeros le decían «el epistolario ambulante».

Se diría que en la pequeña salita, decorada con biombo que mostraban vuelos de aves del Japón con terracotas de buenas firmas y tapices de colores violentos; flotaba como una atmósfera de besos de labios jóvenes, como un aliento de boca femenina en noche de boda.

Carlos, que tenía veinticinco años, dijo:

—Siempre podemos esperar de una mujer cuando sus ojos se fijan en los nuestros, más de tres segundos.

Luis, que tenía veinticuatro años, respondió:

—Empiezo a observar a la mujer.

Alberto, a su vez, que tenía veintidós, dijo con interés:

—Ahora recuerdo: los ojos de Blanca me han mirado esos tres segundos de que habla Carlos—y se restregó las manos con alegría.

Raúl, y que tenía veinte años, dijo, con la mano en la frente, como si redactara una de esas cartas que lo habían hecho célebre.

—Mi confianza la pongo en el papel. Cuando una mujer nos dice por escrito: «Te amo», ¡el delirio!

—Si, deliran todos Uds.—respondió el elegante mundano de Oscar, arreglándose los guías de su visteado cuidado, que le daba gran prestigio entre las mujeres.

—Ya vienes tú con tu «pose» de vividor y con tu experiencia aplastante—dijeron todos a una voz, intentando acallarlo con inmensa mayoría.

—Si, la experiencia... i sobre todo lo imprevisto, en la vida, lo dulcemente imprevisto!...

—Y qué es eso? Se puede escribir en una carta? interrogó Raúl.

—En una carta, no; pero lo puedes escribir en el corazón y ponerle como señal, un pétalo marchito de pasiónaria, porque desde pasión loca, de pasión abasadora es mi historia...

Ante las últimas palabras, sintieron todos calor y se abanicaron con las manos.

—Lo imprevisto—dijo de nuevo Oscar.—Es una pequeña historia, la historia de un beso, acaso del beso más loco y más horrible y más dulcemente inquietante que se haya dado jamás...

—Y quién lo dió?

—Lo di yo!

—Oh! El hombre interesante!

—Sí, figurense Uds...

Se interrumpió. Un ruido extraño se dejó sentir en la pieza. Miraron al biombo. Nada. Miraron las terracotas. Nada. Miraron los tapices, en la penumbra. Nada. Todo en paz. Miraron bajo la pantalla, y vieron achicharrado el cadáver de una mariposa muerta de amor por la luz, por darle un beso a la luz.

—Es algo así como esto, tu beso?—alguien preguntó indicando la mariposa,

—Sí, es algo así. Junto a mi beso está el soplo de la muerte, está la tumba, y por eso fué más seductor y más profundo.

—Hubo un silencio. Oscar sacó un cigarro. Se hacia al reedor un gran misterio.

—Nos quieres dar pavor?

—Quiero producir el ambiente.

Nuevo silencio, mientras Raúl encendía el cigarro. Un ruido extraño, parecido al anterior, se oyó nue-

vamente. Ya todos miraron bajo la pantalla. Yacía ahí tan sólo, el cadáver de la mariposa.

—Qué sería?

—Fuí yo. No busquen en vano. Achicharré ahora las alas de una mosca...

—Para qué?

—Para producir más ambiente.

—Vaya, hombre, que hagas eso con un parente cercano; pero con nosotros, ¡no hay derecho!

—¿Me escucháis?—interrogó Oscar como iluminado por el recuerdo de su historia.

—Sí—todos a la vez.

—Encended cigarros, entonces. Los recuerdos aquí son humo, envueltos en humo han de ser evocados. Y entre la nube azul de los cigarrillos, que apenas dejaban adivinar las siluetas blancas de los ibis del biombo y las terracotas de firmas conocidas, empezó su historia, breve y dulce como sueño matinal, inquietante y amarga como una pesadilla.

—Hay en mi vida el recuerdo de un beso único, profundo, que me dió una mujer a quien siempre creí un imposible. Se llamaba Lía. La conocí en un



N. Yáñez Silva, distinguido novelista, autor del cuento «El Fuego de la vida» y redactor de la sección «De Teatros».

balneario. Era una mujer inabordable por su virtud, por su posición, por su belleza original. Tenía en su rostro una particularidad: la boca, una de esas bocas que hacen pensar en besos profundos, en besos no soñados, no dados jamás. Unos labios finos, que al entreabrirse, producían en quien los miraba, la sensación que produce una naranja jugosa al partirla. ¿Me comprendes? He sido exacto?

Todos sintieron que la boca se llenaba de agua, y oyeron con más interés.

—He acertado—prosiguió Oscar—al ver como las mandíbulas de sus compañeros se estragaban con movimiento característico.—Pues bien, esa mujer no me quería. La aceché día y noche. Al principio con audacia, luego galantemente, después con humildad, y ante la indiferencia de ella, mi amor crecía, y mi deseo por besar esa boca, era una angustia insoportable. Cuando con ella hablaba, la miraba sólo a los ojos, unos ojos verdes prometedores, la miraba a sus mejillas—unas mejillas con dos hoyuelos que me imaginaba suaves y blandos al tacto,—pero luego mi vista desordenada y golosa, se posaba en su boca, larga-

mente, tanto y tan intensamente, que todo mi ser era sólo mi mirada puesta entre aquellos dos labios, crueles y agudos, como tajada de cuchillos dulcemente asesinos. Y ella, desdeñosa siempre, y siempre mirándome, sin embargo, de aquel modo que era una contradicción con su desdén. No sé cuántas veces me dijo que no me amaba (no sé cuántas veces me repitió, entre burlas, que no logaría jamás lo que yo pretendía. Y acaso era verdad, porque lo que pretendía ¡Dios mío! era sólo para dicho con el misterio de una mirada de dos enamorados en la sombra.

—Apresúrate, llega pronto al final—dijo «el epistolario ambulante» con los ojos encendidos, olvidado de sus sentimentalismos.

—No detalles tanto—advirtió otro, meciéndose en la silla.

—Voy al final. ¿Tienes fuego, tú?

—Hombre, vaya una pregunta en este momento!

—Nó: me refiero á que si tienes fósforos—dijo Oscar.

—Ah! Eso ya no es redundancia—dijo el de veinticuatro años, que creo se llamaba Carlos.

Prosiguió Oscar:

—Buscaba ocasiones, me hacía ayudar por los amigos para que ella se decidiera á amarme. Pero, todo inútil. Y aquella boca de Lia, cada vez más seductora, cada vez más candorosamente enloquecedora. Porque, en realidad, ella parecía ajena á mi estado espiritual y corporal. Una noche fui invitado á un baile de verano, al que ella iría. Era la gran ocasión. Siempre en estas fiestas hay rincones propicios, cuatro ó cinco bambúes que piadosamente pueden ocultar á una pareja, y luego la música, las cadencias de un vals vienesés, suave y móbido como una caricia; la atmósfera, esa intensidad que se establece en este género de fiestas, podían serme favorables. Tolstoy lo dijo á los ochenta años, un poco tarde tal vez—que hay música malsana y tentadora, que hay muchas sonatas en el mundo como la sonata de Kreutzer, que el muy pícaro viejo escribió quien sabe para qué... Y Lia fué aquella noche al baile más tentadora que nunca. Renuncio, por sentimiento poderoso á la currencia que me oye, á describir la toilette de Lia, es decir, diré tan sólo que llevaba un vestido color oro fuerte que armonizaba maravillosamente con su fiel mate, un traje escotado... Pero he prometido no entrar en detalles...

—Entra—sopló el más romántico de la reunión, que creo era Raúl.

—No entro—afirmó Oscar—porque todos sois en exceso aficionados á la estética femenina y nos perderíamos en digresiones. Y continuó:

—Lia aquella noche estuvo más amable, más insinuante; me llamó por mi nombre varias veces. Me decía Oscar, acentuando más de lo acostumbrado la «C», y al hacerlo, aquella boca adquiría múltiples encantos y nuevas seducciones. A cada momento me nombraba: «Oscar, Ud. pierde el compás; Oscar, Ud. pierde el tino, bailando». En realidad, me habría perdido, si ella no me lo advirtiera, pero ¡oh! crujidad y delicia: me lo advertía con esa manera especial de sus labios, que más que nunca me tajaban los sentidos, era, ya, como quien dice, un condenado á boca perpetua y adorable. Me tranquilicé recordando escenas tristes de mi vida como cuando me dieron mi diploma de bachiller en matemáticas; y ya más dueño de mí, traté de llevarla tras un macizo de bambúes. El momento era propicio. Tocaban «El Conde de Luxemburgo», el vals de la escena del sofá; todos bailaban, todos reían, y cuanta paz había en aquel rinconcito iluminado apenas por una luz pálida reflejada por los espejos. «La adoro á Ud.—la dije—me tiene Ud. loco, Lia; por Ud. sería capaz de hacer una locura». Sus labios sonreían. Un paso más hacia ella, y aquellos labios, rojos y húmedos por la fiebre del baile, serían míos al fin y mitigarían mi angustiosa sed. Seguía hablándola, y ella sonriendo. Me miraron sus ojos. Era el momento, y me acerqué... Sentí su

aliento, y sentí también en mi boca un golpe con su abanico de marfil, y éstas palabras burlescas, más amargas que una sentencia de muerte: «Nunca, nunca! ¿Lo oye Ud.?» Y se fué, y no la volví á ver...

—Y el beso?—preguntaron todos al unísono.

—Oh! El beso... Ya verán Uds. Dje de ver á Lia. Me llevé de ella el recuerdo y la sensación de aquel aliento cálido, y en el alma una nostalgia que fué para mí una verdadera enfermedad. Yo amaba más que nunca aquella boca, yo amaba más que nunca á Lia. Toda esperanza estaba perdida. Ninguna ocasión como aquella se presentaría para que su boca adorada por sobre todas las cosas de la tierra, fuera mia alguna vez. Y yo me moriría acaso con este anhelo desesperante, juzgando mi vida imbécil e inútil. Quien haya deseado como yo conocer el sabor de unos labios, puede juzgar lo que es un martirio así, esa tristeza que nos acompaña á todas horas, esa profunda pena que nos trae al alma como sombra yerta en medio de una carcajada. Una mañana me levanté más temprano que de costumbre. Era una mañana de primavera cargada de perfumes y savia nueva. Esa noche soñé con Lia, con la boca de Lia, y se renovó mi pena y desolación.

Aquellos labios ¿serían míos alguna vez? Jamás! pensaba. Fué la ocasión, y no fueron míos aquellos labios! Abri el diario con fastidio, partiéndolo en una punta, y, en el trozo roto, leo la defunción de una hermana de Lia. Pienso ir á verla. Vacilo. Acaso sufriré más, pienso; pero por fin, me decidí á ir. Al ponerme el chaqué, me miro al espejo, y sonríe. ¿Por qué sonrio contento? Me pareció que en la transparente luna biselada, vi pasar fugaz como la visión de una sonrisa, y salí casi corriendo. La casa de Lia estaba silenciosa y mustia...

—Suprime descripciones—dijo alguien—al grano!

Continuó Oscar:

—Ella, atendiendo á la confianza que teníamos, salió á recibirmé. Me habló de la muerte de su hermana, de cosas tristes, y me miraba, me miraba mucho con sus ojos húmedos. A cada momento me nombraba, y yo recordaba la noche del baile lejano. Hasta ese momento, sólo la había mirado los ojos; pero ante el recuerdo, miré también su boca. ¡Qué encanto, qué seducción, qué dulce angustia sentí! Ahí estaban esos labios, principio y fin de mis veintiocho años, ahí estaban; pero cuán difícil llegar hasta ellos!

—Imposible! Imposible! Y sus ojos me miraban siempre, húmedos por tantas lágrimas derramadas. Hubo un momento en que sus mejillas se encendieron. Era el calor de las lágrimas, que velaban sus ojos verdes, fijos en los míos. La tristeza suya buscaba consuelo en el amigo. Me indicó que fuéramos á ver á la muerta. Al entrar á la alcoba, convertida en capilla ardiente, me invadió un olor fuerte de azahares, una atmósfera cálida, un ambiente extraño, que me inquietó. Subimos las gradas del catafalco y ella descubrió la cara de la muerta. Habían quitado la tapa del ataúd. Mirela, me dijo, y me incliné á mirar el rostro de cera, enjuto y tranquilo. Las ropas negras de Lia, me rozaron, envolviéndome en un aroma cálido i sensual. Juntos nuestros rostros, sentí en mi boca una sed imperiosa, algo irresistible, y tomé nerviosamente la cabeza de Lia entre mis manos, la volví hacia mí... Los ojos verdes me miraban, me miraban... y la boca... la boca se entreabrió, se entreabrió... y di en ella un beso lento, profundo, un beso de muerte, incrustándose nuestras bocas largo tiempo... Cuando volví de aquella eternidad, sentí mi megilla izquierda helada, con un frío intenso, que me hacía daño... Era que un lado de mi cara estuvo junto á la cara de la muerta mientras duró aquel beso...

—¡Y no sentiste, al besar, en tu mejilla, el hielo de la muerte?—preguntó alguien.

—Bah!... ¡Qué iba á sentir! Si tenía entre mis labios el fuego de la vida!

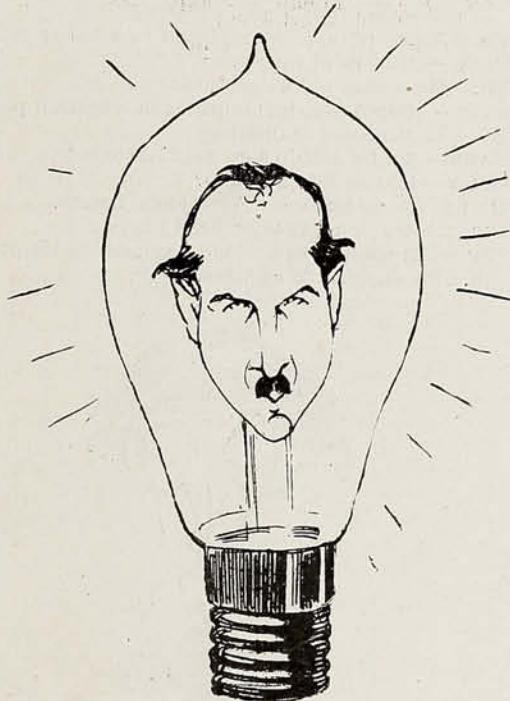
N. YÁÑEZ SILVA.

Agosto 1912.

EL PRÓXIMO NÚMERO

Escena de intimidad periodística que puede ocurrir cualquier Viernes por la tarde en la oficina de redacción de PLUMA Y LÁPIZ. (Morandé 432, por si acaso). Puerta a la izquierda del foro y una ventana a la derecha, o a las derechas, porque está sábiamente colocada. Una mesa de escribir cargada de libros, revistas, manjericos (digamoslo así), etc., en artístico desorden. Otra más pequeña a honesta distancia de la anterior y con igual atavío. Larga mesa de dibujo con los cachivaches del caso, en primer término. (Para los dibujantes se busquen un término medio). Estante con libros en el rincón de la derecha. Sofás y sillones de mimbre donde hagan falta. Demas muebleaje apropiado que se quiera agregar (que nosotros no nos oponemos). Derecha, é izquierda, las del público, (que a veces no sabe dónde tiene la mano derecha). PERSONAS, (porque todavía no llegan a personajes):

FERNANDO SANTIVÁN. — Fernando es nuestro Director espiritual (compréndase que me refiero á su brillante espíritu literario, y no se le vaya á tomar por algún canónigo ó cosa parecida).



Fernando Santiván

da). Viste debidamente, mejor dicho, pagadamente; tiene «ansia» de llegar; siente «palpitaciones de vida» después de cada plato; sus ojos son verdes como una novela de Trigo ó autores adyacentes, y tiene malas pulgas... en verano, que es cuando llegan.

CRISTÓBAL FERNÁNDEZ. — Cristóbal es un muchacho argentino por su sonido (aunque á veces suena mal... que se lo digan); le gusta el café en la ropa y después de comida; rasguea igualmente con el lápiz que con la guitarra; tiene la nariz sucia y el chiste tirado á griego, ó vice-versa, y lleva las uñas largas, porque de lo contrario sufriría del corazón.

FRANCISCO CONTRERAS. — Contreras hace versos con sentimiento... de las musas, es decir, que ellas le han dado su con sentimiento; ha escrito una barbaridad de libros que le han dado otra barbaridad de libras; es un excelente muchacho, al par que un ex-vecino de París; pulcro en el vestir, muy pulcro, porque al nacer, el hada madrina (no respondo de la temperatura) le dijo «Sé pulcro!»

MARTÍN ESCOBAR. — Martín hizo sus estudios es la Marina. Escribe cuentos preciosos, y estos no son cuentos; monta en cólera con frecuencia, y por el lado de estribo, por supuesto,



Cristóbal Fernández

que es el lado del estribo, como él lo sabe desde la Armada; usa bigote Martes, Jueves y Sábado y gana premios en los concursos de belleza (hace poco se ha sacado uno en el de bellas letras).

DANIEL DE LA VEGA. — Muchacho eucarístico, poeta de buenos sentimientos, porque generalmente escribe corto; lleva dos hondas hertzianas en las sienes; rima con facilidad y con cualquier colega (por su apellido), y además es secretario de PLUMA, lo que no es poco decir, aunque sea poco el hacer.

EDUARDO BARRIOS. — Joven escritor y dramaturgo de mucho porvenir... y de un pasado irreprochable. Por su carácter cortés y comunicativo está llamado á altos destinos en el ramo de teléfonos.



Francisco Contreras

Está ultimando una novela, lo cual aunque así, de buenas á primeras, revele en él malos instintos, si bien se mira, es el anuncio, de un buen rato para el público.

CARLOS FERNÁNDEZ. — Es hermano de Cristóbal y,

como él, dibujante. Entiende en letras como el más pintado, y así no me explico como aún no lo ha llamado á su seno el respectivo Consejo Superior. Fuma siempre cigarrillos «Eva», por lo cual algunos le creen «evanista»...
Y ESTE SERVIDOR, que no se retrata porque no tiene característica ninguna, á causa de que no se mete nunca con gentes de teatro.

SANTIVÁN.—Y bien, compañeros, ya podemos ir pensando en el próximo número.

ESCOBAR.—Pienso.

Yo.—Aún no es hora, glotón.

ESC.—Digo que ya estoy pensando.

Yo.—¡Ah! perdona.

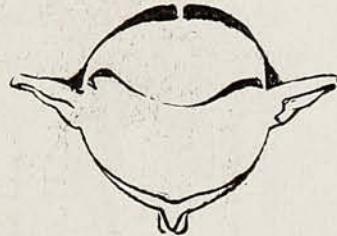
(Largo rato de silencio general.)

SANT.—¿Se quedan ustedes callados?

FERNÁNDEZ.—(Crist.)—¿Pero quién habla, hombre?

SANT.—Por eso, nadie dice nada.

BARRIOS.—Es claro: ¿no estamos pensando?



Martin Escobar

CRISTÓBAL.—(Dirigiéndose á mí).—Yo tengo hecha ya la tapa del próximo número y la del que le sigue. ¿No las conoce Ud.?

Yo.—Ni por las tapas.

CONTRERAS.—¿Ha abandonado Ud. ya, querido, (á CRISTÓBAL) las esfumaturas de los primeros números?

CRIST.—Eso de esfumatura ¿es... fumadura?

CONTR.—¡Oh, no, no, «Mon Dieu»! No lo tome Ud. así, Fernández.

DE LA VEGA.—Ha caído un chaparrón de colaboraciones en estos días. Entre ellas hay una de Jara.

SANT.—Lo de Jara... lo dejara yo para más tarde.

DE LA V.—Es lo mejor.

ESC.—¡Hombre, cómo será lo demás!

DE LA V.—Digo que es lo mejor dejarlo para después.

ESC.—¡Ah!

DE LA V.—¿Está hecho ya el encabezamiento para la novelita de Latorre?

CRIST.—Lo vamos á empezar luego, Carlos va á hacer la letra.

Yo.—¿Y Ud. pone la música?

CRIST.—Ché, Gil, no jorobe...

ESC.—Deme Ud. un cigarrillo de la Vega.

DE LA V.—No me quedan ni de rulo.

ESC.—¿Chistecito?

DE LA V.—Nada de eso. Retruécanos inocentes pero no chistes, Martín.

ESCOBAR, (furioso).—¿Y por qué no he de chistar? ¿Quién me pone candado en la boca? ¿Usted?...

SANT.—Vamos, nada de disputa. Lo urgente es ocuparnos del número que viene.

FERNÁNDEZ (Carlos).—Esperemos que llegue. ¿Qué podemos hacer si todavía viene en camino?

SANT.—Hombre, si tomamos la cosa en chunga...

Yo. (Á Escobar).—¿Has leído últimamente «En Familia»?

ESC.—No, porque ahora vivo en una casa de pensión.

SANT.—Necesitamos hacer una página ilustrada sobre asuntos del día. ¿Qué negocio de actualidad podemos explotar?

Yo.—Una comedia sicalíptica. Ahora, con la Liga de Censura Teatral, es un negocio para hacernos ricos.

BARRE.—¿Quién es aquí sicalíptico?

SANT.—Contreras. Me consta.

CRIST.—Hagámosla en colaboración, Contreras. ¿Le agrada?

CONTR.—Pero ¿qué aportaría Ud. á la obra?

CRIST.—Yo, desde luego, decoro.

Yo.—¡Caramba! Sí, precisamente una pieza sicalíptica lo que menos ha de tener es decoro. Lo más indecorosa posible.

CRIST.—¿No me entienden ustedes? Lo que yo quiero decir es que yo podría hacer las decoraciones del caso, porque cambié soy pintor.

CARLOS.—Yo podría hacer algunos cartelitos.

BARR.—De eso se encarga la imprenta.

CARL.—Hablo de «affiches».

DE LA V.—Ah! entonces explíquese Ud. en castellano desde el principio.

Yo.—A este paso, parece que no va á haber número.

CONT.—¿Cuál es el «quorum»?

Yo.—Me refiero al número próximo.

SANT.—¿Cómo podríamos tratar la cuestión política?

Yo.—Tapándonos las narices.

BARR.—¿Se ha sabido algo del Concurso?

CRIST.—¿Quién ha quebrado?

DE LA V.—Se trata del Consejo de Letras.

CRIST.—Ya, son quiebras... del oficio.

ESC.—Parece que ya han sido asignados los premios á los autores de cuentos.



Daniel de la Vega

Yo.—¿Quiénes son los chismosos premiados?

ESC.—No se sabe todavía.

Yo.—¿Lo ignoran ellos mismos? Esos son cuentos.

CONTR.—Volviendo á la revista, ¿no sería conveniente, para variar, dar reproducciones artísticas de «magazines extranjeros»? («Cogiendo un cuaderno de la mesa»). Aquí tienen ustedes, por ejemplo, «La Vie au Grand Air». ¿Ven ustedes qué bonitas ilustraciones la de esta cacería de conejos?

TODOS.—En efecto, muy interesante.

CONTR.—Se podría comenzar, con la reproducción de una serie de excursiones cinegéticas...

Yo.—¿Y á ésta la llama usted Contreras, excursión cinegética? Lo acertado sería llamarla «conejetica», ya que se trata de conejos.

SANT.—¿Ha habido algunos avisos hoy?

DE LA V.—Uno solo.

SANT.—De quián?

DE LA V.—Del propietario; nos avisa que nos va á subir el alquiler.

SANT.—Pero ¿no le dijo usted que aquí no admitíamos avisos inconvenientes? Esta es una revista seria.

CONT.—El aviso también es serio.

Yo.—A mí me parece una broma de mal gusto. No lo admite usted, Fernando.

SANT.—(Enérgicamente).—¡No lo admito!

ESC.—¡Hum! Hay que ver que el casero no tiene nada que ver con las Pacheco.

CARL.—Señores, las once!

BARR.—(Sacando su reloj).—¿Está usted loco? Son las cuatro y media.

CATL.—Hablo de que es hora de hacer once.

ESC.—Pero ¿no ha oido usted lo que ha dicho Barrios?



Eduardo Barrios.

CARL.—Sí, que son las cuatro y media. Me parece que ya es hora de...

ESC.—Nó, señor: son las cuatro... y media, por lo tanto, bastante tiempo entre esta hora y la de hacer once...

CARL.—(En actitud de comerse á Escobar... á falta de once).—Oiga usted jove, yo no tolero...

Yo.—Señores, haya paz entre los príncipes cristianos. Santiván, ¿no cree usted que con estas discusiones no sacaremos nada en limpio...?

SANT.—Al contrario, á mí urge sacar luego en limpio el editorial próximo.

ESC.—¿En dónde lo tienes?

SANT.—En casa.

ESC.—Lo llama editorial próximo y lo tiene á doce cuadras de aquí! Vaya un concepto de la distancia!

SANT.—Para distancia, la que te estoy tomando á tí.

Yo.—Haya paz entre los príncipes...

SANT.—(Sulfurado).—¡Déjese usted de rosarios!

Yo.—Si no tengo ninguna! Aunque, á ver... Déjeme usted recordar... Rosario... Rosario...

CONTR.—Total, que hoy no se hará nada. No se ha explotado ni la cuestión política, ni la cuestión social, ni la económica, ni la artística. Al contrario, todo se ha vuelto cuestiones.

CARL.—Pero las once...



Carlos Fernandez.

CRIST.—¡Hombre, por las once... mil vírgenes! ¿Dejarás á un lado ese apetito?

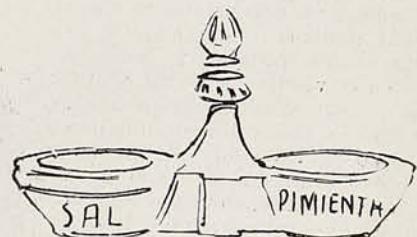
Yo.—A «petito» general: se suspende la función.

BARR.—Pero nó la función gastronómica. Vámonos á comer. ¿Vienes, Martín?

DE LA V.—¿Se marchan ustedes los primeros?

ESC.—Sí: nos vamos á comer los dos.

Yo.—¡Bárbaros! ¿hasta ese extremo ha llegado vuestra enemistad?



Yo.

SANT.—Ea, señores, cerremos la discusión... y la puerta. Apaga y vámonos, de la Vega.

(De la Vega apaga la inspiración y las lámparas, y todos hacemos mutis por el foro, como si fuéramos licenciados en derecho.)

Telón... de boca, que es el que corresponde á los que se van á comer.

PEDRO E. GIL.

Taquero.



El Destruy- tor

«Yo... Yo soy el que todo lo destruye!

Y sus ojos brillaban con un destello feroz al responder esto, cada vez que algún compañero oficioso pretendía averiguarle su vida.

Era un obrero francés de aspecto imponente, de mirar audaz, de rostro recio, al que hacia noble marco una barba enmarañada.

No harían aún dos meses que llegara al pueblo en busca de trabajo ó de un mendrugo, y todo el mundo ya le apodaba «El Destruytor». Teníanle por loco. Hosco y solitario, parecía mirar con desprecio á sus compañeros de labor, porque jamás se mezclaba en sus reuniones, y si alguno de ellos osaba brindarle una copa, sólo recibía por respuesta un sordo gruñido de fastidio. Hubiérale agredido más de alguno, pero temían todos á sus puños fornidos.

Murmurábbase de su vida muchas cosas, e n secreto se contaba que era un hombre instruido, y para asegurar esto estaba un mozo obrero que había tenido la audacia de llegar una noche hasta su vivienda y observarlo á través de las malas junturas de la puerta. Muchas cosas había visto en aquella bohardilla, pero lo que más le llamó la atención fué una decena de libros alineados sobre la mesa y dos retratos grandes, con unas figuras imponentes, que parecían mirarle irritadas.

Las mujeres también temíanle, y muchas eran las que se persignaban apresuradamente al verlo, para ahuyentar á Satanás, porque habían observado—caso inaudito—que jamás se descubría al pasar frente á la imagen que ornaba la entrada de la Iglesia y mucho menos penetraba á ésta los Domingos á dar gracias al Señor... Hereje le llamaban entre ellas y nunca se hubieran atrevido á dirigirle la palabra.

Él, entretanto, proseguía su vida, ageno á los comentarios que despertaba á su alrededor. Mostrábbase cada vez más reacio á las compañías y ahora sólo respondía con monosílabos ó con un gesto á las preguntas.

Por las tardes, terminada la labor, iba á recorrer el pueblo, una aldea mezquina, que no contaba arriba de cien

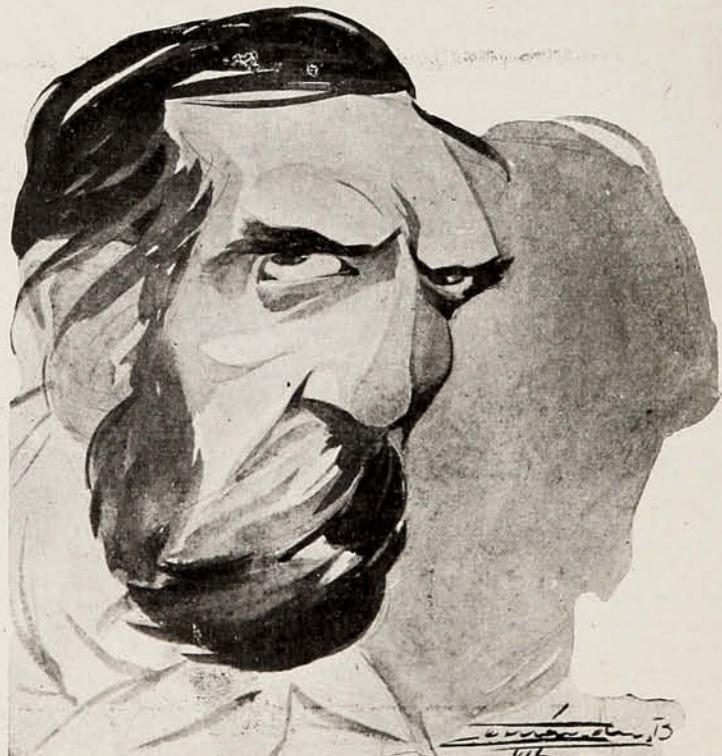
casas, pocilgas inmundas, de donde salían diariamente los centenares de obreros de la Fábrica.

Era esta una enorme construcción que dominaba el lugarejo con sus altas chimeneas amenazadoras. El pueblo estaba como encauzado en el valle estrecho que formaban dos hileras de cerros erguidos y agresivos, valle que, á juzgar por las apariencias, debió ser en otro tiempo lecho del río que se arrastraba allá, al límite del pueblo, caudaloso y turbulento. También era el río tributario de la Fábrica. Habían arrancado un canal de su corriente, y era esa mole líquida que corría entre dos murallones de cemento, la fuerza impulsora de las cien maquinarias del taller. Era allá, en el punto de arranque del canal, junto á las poderosas compuertas, donde Labrou iba por las tardes á sumirse en sus solitarios ensueños de grandeza; era allá, junto á la corriente indómita, donde sentía bullir en su cerebro sus cóleras bravias y sus ansias destructoras.



Fué la noche de un Sábado, en la taberna, entre oleadas de vicio, donde los obreros embrutecidos iban á olvidar las penurias de una semana de rudos esfuerzos, gastando en sorbos detestables el mísero producto de sus fatigas; fué una noche en que las protestas empezaron á germinar en aquellos cerebros extraviados, ante las inauditas tropelías de que eran víctimas por parte de sus patrones; fué entre esa abigarrada turba de rostros macilentos, entre el bullicio de un centenar de lenguas beudas, donde se alzó de pronto la voz potente de Labrou, el Destruytor:

—Ah, infelices!... apostrofaba.—Yo sé que vosotros, aunque aparentáis temerme y respetarme, en el fondo os mofais de mi conducta, porque sois una manada de inconscientes, sois unos pobres instrumentos serviles, demasiado imbéciles, demasiado ciegos para comprender que se pisotean vuestros derechos de seres racionales, demasiado estúpidos para alzar la



vista y mirar al sol cara a cara... Yo una vez lo hice, y desde entonces os juro que siento la nostalgia del sol... siento bullir en mi ser las potencias engendradoras de grandes tempestades, y aunque pudiera aspirar á ser un Dios que crea mundos, prefiero ser un Luzbel que los destruye...

Por eso estoy sólo. Sí, sólo y fuerte, como un Luzbel rebelado, me yergo sobre las multitudes inconscientes. Sólo como un condor altanero que hace huir presurosas á las bandadas de débiles pajarillos... Os quejábais y vuestra es la culpa... porque si es cierto que es baja y criminal la conducta de los patrones que os explotan, más baja y criminal es la de vosotros, que besais la mano que os abofetea...

Le temblaba la barba.... Sus puños tenían crispaciones de cólera y las palabras rudas salían á

Calló el loco. Sus ojos estaban espantados y su boca replegada en una mueca de feroz dolor, parecía la fauce de una fiera dispuesta á saltar sobre su presa. Algunos borrachos lloraban. Otros, menos impresionados, apretaban los puños mascullando maldiciones de impotencia contra aquel visionario que se atrevía á insultarlos cara á cara...

— Maldito Labrou—dijo uno—que ha venido á destruir la alegría de nuestro vino!...

Los demás callaban. Y Labrou, el Destructor, bebió un último sorbo y salió erguido y desafiante por entre la multitud de borrachos que le abría paso respetuosamente. Afuera llovía. Y á través de las tinieblas, millares de luces fulguraban tenuemente como una turba de diablillos amenazadores.



borbotones por sus labios resecos... Hablaba de los derechos de los hombres, de muchas cosas bellas y espantables, de dignidades ultrajadas, de libertades aherrojadas en las oscuras cárceles del prejuicio... Sus frases eran vulgares y en sus ideas no campeaba la originalidad, pero había un acento tan sincero en sus palabras, había tal magestad en su figura, que sugestionaba fácilmente.

El grupo le escuchaba admirado, sin una protesta por los insultos que todos comprendían. Algo en lo íntimo de sus seres vibraba al unísono de aquellas palabras que vertía el Destructor, y en el fondo de sus almas oscuras parecía que una huella luminosa se abría paso brutalmente, con llamaradas de júbilo ó de rabia, de odio ó de dolor... Y la figura imponente de Labrou, sólo entre todos ellos, adquiría á sus ojos la grandiosidad de un semi-dios.

La simiente estaba echada. Y en esos terrenos fértilles, vírgenes de todo cultivo, germinó prestamente. La revuelta obrera no tardó en sobrevenir. Pero esos infelices, sin preparación alguna para la ruda lucha en pro de la reconquista de sus derechos usurpados, sin tener entre ellos un individuo consciente y audaz que les guiara, fueron á una derrota desastrosa, vencidos por los patrones, y más que por ellos, por la fuerza invencible de su oro. Muchos obreros, los más revoltosos, los que mayor fe tenían en su causa, fueron despedidos miserablemente. Sus hogares, faltos de los mendrugos que antes les arrojara la fábrica, sintieron más viva que nunca la angustia del hambre.

Y Labrou, el loco, maldecido mil veces y acusado de ser el causante de tanto mal, acusado de ser el Destructor implacable de la tranquilidad de aquellos

infelices, fué la víctima de su intento redentor. Sobre él recayó el odio de la derrota, el odio salvaje de la impotencia de esos miserables, que necesitaba una víctima en quien saciarse.

Cobardes, no se hubieran atrevido á atacarlo frente á frente. Lo esperraron un anochecer en una encrucijada, y allí, á traición, le dieron de golpes hasta que hubieron saciado su sed de venganza.

Por muerto lo dejaron. Levantóse mal herido el pobre loco, y reuniendo todas sus fuerzas que le abandonaban, aún pudo imprecárselas:

—Cobardes, más que cobardes, imbéciles!...



Labrou meditaba su venganza. Más solitario y ruado que nunca, sentía renacer en su pecho el odio profundo á la humanidad y sobre todo á ese rebaño detestable que intentara regímir. Ahora sus paseos de las tardes eran más prolongados. Hasta la noche quedábase á veces junto al río escuchando las sordas cóleras que, al igual que en su pecho, agitaban á la corriente tumultuosa.

Y fué allí donde nació de repente, como un chispazo, la idea vengadora. Era tan fácil... Un poco de valor y otro poco de esfuerzo y entonces... Entonces una sonrisa satánica iluminó su rostro.

—Oh, aguas indomables que azotais estos muros que os cautivan —exclamó— la hora de la venganza ha sonado para vosotras y para mí...

La noche había caído. Trepó el Destructor, animado por una fiebre salvaje, el poco espacio que le separaba del torno de una compuerta. Una llamarada

da sangrienta le cegó y dando á la palanca un empeñón tan formidable que el muro entero extremecióse, hizo girar el torno hasta el nacimiento.

Entonces sus ojos contemplaron algo grandioso: un torrente mujidor se precipitó con velocidad vertiginosa por aquella fauce abierta... Muy pronto llegó al pueblo; oyóse un clamoroso palpitante, mezcla confusa de aullidos y lamentos, gritos é imprecaciones. El agua, como poseída de la furia destructora de esa mano que dió paso al torrente, borboteara arrastrando á su paso cuanto obstáculo se le oponía. Arrasaba airada las miserables viviendas y seguía agitada, llevando entre sus ondas, en loco torbellino, los restos miserables de aquellos miserables pobladores...

El destructor contemplaba su obra y una sonrisa de venganza satisfecha vagaba por sus labios.

—Ah, malditos —rugió— ni siquiera esto merecíais!...

Su aspecto era imponente. Sólo, gigante y hermoso como un Luzbel rebelado se erguía sobre las ruinas causadas por su cólera. Le temblaba la barba. En la penumbra, sus ojos brillaban con fosforecencias satánicas y sus puños crispados se alzaban amenazadores, en tanto que de sus labios surgían borbotantes las frases que se confundían con las mugidoras potencias del torrente despeñado...

Y allá lejos, á través de las tinieblas, millares de luces fulguraban tenuemente, como una turba de diablillos amenazadores.

LUIS ENRIQUE CARRERA

Valparaíso, Agosto de 1912.



EL MONUMENTO SIRIO OTOMANO EN EL CERRO.



Colocación del monumento sirio otomano en el Cerro Santa Lucía, ceremonia efectuada en la tarde del domingo



PERO... ¡¡QUE TONTOS...!!

(Dedicado a Félix Nieto del Río.)

Todos los días del verano, á la hora de la siesta, por el camino sombreado á cuyos lados se alzaban, en una admirable explosión de verdura, dos largas alamedas guardadoras de nidos y susurros, la caravana vocinglera de los paseantes galopaba alegremente.

Demás se conocía que aquel grupo de jóvenes imberbes y de muchachas reidoras, que alborotaban los campos con sus cantos y sus locas carreras, debían de ser colegiales en vacaciones que, olvidados de la seriedad de los claustros estudiños, buscaban la flor de la alegría.

El sol de verano picaba. La mies de los campos, amarilla bajo los rayos ardientes, ondulaba al soplo del aire, semejaba un mar de oro, de olas sosegadas, apacibles, como un alma buena. Uno que otro labriegó, con la pala al hombro, el calzón bombacho, la chaquetilla corta y ajustada, cifiéndole las formas reacias, pasaba canturreando bajo las sombras de los árboles y se volvía para mirar la cabalgata, que bien poco caso hacía de él. De trecho en trecho, sumidas en perezosa somnolencia, veíanse casitas de gentes pobres, ranchos opacos, sin enlucir, llenos de telarañas, rodeadas de cordeles en que había ropa á secar y bajo los cuales las gallinas picoteaban la tierra por fiadamente, exhumando lombrices y granos ocultos.

El paisaje, lleno de luz y silencio, reposaba en la tranquilidad de aquella naturaleza aletargada y cálida

sin que rompieran su calma más que el contento y la locura de la cabalgata juvenil.

Las voces de los muchachos se perdían mas allá del linde de los potreros, entre los zarzales hirientes y las cercas monótonas. Siempre, detrás del grupo bullicioso, una nube de polvo finísimo se engrosaba y subía á lo alto, lamía la verdura de los álamos, manchaba la lozanía del potrero del lado y luego distendiéndose en el aire, otra vez despejaba el camino y el ambiente.

Y la algarabía juvenil de la alegre caravana, se perdía á lo lejos, en la voluptuosa soledad de los campos.



... Cuando los muchachos volvieron á las aulas, recordaron las cabalgatas veraniegas...

En el Seminario, durante los largos recreos, los muchachos comentaban y decían:—¡Qué chiquillas tan lindas!

... Tantas veces solos... por los campos y... ¡nunca! Pero ¡qué tontos fuimos!...

En el severo convento, bajo la vijilancia de las tocas blancas, en la discreta luz de los claustros, á hurtadillas, las muchachas decían sus reticencias:—¡Qué lindas parejas!... ¡qué largos paseos!... ¡qué libertad encantadora y... ¡nunca! ¡Ay, qué tontos fueron!

—Y aquel año, los chiquillos y las chiquillas enflaquecieron de... nostalgia.

JORGE E. SILVA S.



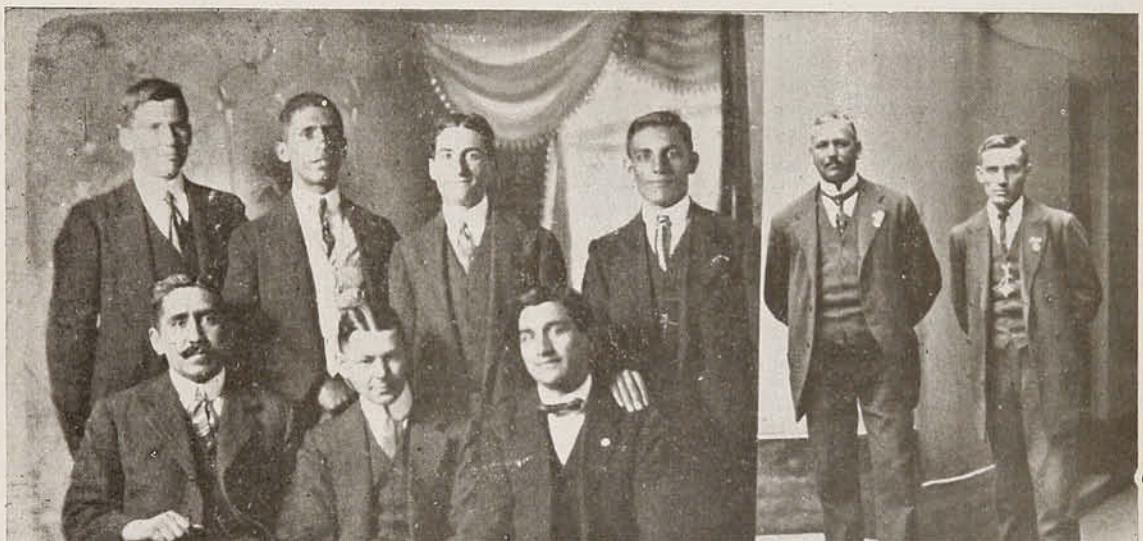
CONFRATERNIDAD



Grupo de entusiastas Ventrosanos durante el baile que celebraron los mismos, en días pasados, el santo de la Patrona de su pueblo (Ventrosa, provincia de Logroño)



LOS CAMPEONES CHILENOS EN STOCKOLMO



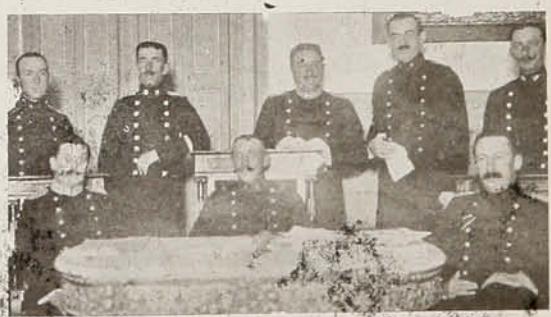
LOS CAMPEONES CHILENOS EN LA V. OLIMPIADA.—A la izquierda a derecha: Koller, Salinas, Torres, Sanchez, Alegria, el secretario de cónsul de Chile en Lóndres y el señor Palma.—Señor Maximo Kahni, jefe de la delegación chilena en la V. Olimpiada Mundial.



EN EL CLUB MILITAR



El directorio del Club Militar, elegido ultimamente



El antiguo directorio

Página de modas



La última creación. ■

CORREO LITERARIO

Una obra maestra inédita

En el segundo número de Junio de la revista «La Vie de Paris, que dirige Marcel Prévost, comienza á publicarse una novela inédita de Alfredo de Vigny, descubierta por aquel en el maremagnun del Paris «bouquiniste». La obra se titula «Daphné» y promete, á juicio á M. Prévost, una lectura tan interesante como esquisita.

REMEMBER

Entre los dos, el alma de las cosas
sombrias y silentes,
flotaba, cual esencia de las rosas,
perfumando los bosques indolentes,
perfumando las selvas voluptuosas.....

Entre los dos, un sueño;
un sueño de exquisitas sensaciones
nos llevaba en la barca del Ensueño,
sobre mares de glaucas convulsiones,
á un país muy remoto y muy risueño.....

Valparaíso, 1912.

Nuestros hermanos feroces

Por la misma época ha aparecido en el llevar la última novela de Octavio Mirbeau, Dingo, objeto de la mas ansiosa espera de parte de los admiradores del amargo y poderoso escritor. «Dingo» es la historia de un perro. Y nosolamente «Dingo» es el nombre del perro llorado por el novelista, sino tambien el de una raza, los «Dingos» especie de perros lobos de Australia, de crecilo pelaje amarillento y sedoso. «Dingo» murió hace cuatro años, y no vivió sino unos cuantos al lado de Mr. Mirbeau, debidoá que los de su raza no resisten casi nunca á la esclavitud.

Es por esto por lo que el novelista amaba á su perro, que era robusto, ágil y salvaje. Así, es posible adivinar qué observaciones no habrá sacado un satírico tal de ese tipo de animal vigoroso é independiente, y qué áspera elocuencia no habrá prestado el escritor á su soberbio compañero. Mr. Octavio Mirbeau, no reside en Paris sino raras veces al año; se ha retirado á su propiedad de Cheverchemont, en la cuesta que baja hasta la orilla del Sena. Es allí donde ha escrito «Dingo» y donde ha revisado las pruebas. Todos aquellos que conozcan su maravilloso cuento «La muerte del Perro» de la colección de sus cuentos de la choza, sabrán lo que vale ésta noticia.

Entre los dos, la noche;
y en ella el goce de la carne loca,
y el goce azul del alma á «sotto voce»:
te acogiste al flagelo de mi boca,
y hubo en tus labios un febril derroche.....

No recuerdes, jamás, como un reproche,
mis violentas caricias amorosas:
recuerda con dulzura aquella noche,
en que flotaba el alma de las cosas
sombrias y silentes,
ensayando canciones armoniosas
y ritmos confidentes.....

V. H. ESCALA

Cuestión de apreciaciones



El pintor Lechuza.—(Con ansiedad.) Y ahora, está bien?
El señor Ganso.—Estoy contento... Usted ha tomado precisamente la característica de mi temperamento.



—¿Está muy lejos la isla de Juan Fernandez?
—¿Cuánto tiempo se demora en llegar?
—Eso, segun. En ir, yo eché ocho días y en volver... como tres años y un día.

I

Somos tres amigas muy íntimas las que pasamos todos los días en la mañana frente al banco del Portal Edwards en el que Ud. casi siempre se suele sentar: Nena, que es gorda y colorada como un pavo, Berta, una rubia, muy alta para sus catorce años, y yo... con las polleras a media pierna porque solo tengo once.

La vemos siempre con un diario en las manos y la vista fija en el suelo. Nena dice que lo aborrece, que le cargan los hombres tristes, sentimentales, y que su nariz aguileña, y su tez pálida son una verdadera pesadilla para ella. Berta, sin que Ud. se haya dado cuenta, le ha tirado muchas veces al pasar, pelotillas de papel, azahares... Otras veces suspira ruidosamente. Es una picarilla que no se avergüenza de confesar que le agradaría poleolar con Ud. escribirle postales, oírle hablar... Yo, no hago otra cosa que tratar de reprimir las expansiones de mis amigas: los odios de la una y los cariños de la otra.

Lo he visto tan triste que inconscientemente lo quiero... ¿Por qué sufre Ud? Yo he leído muchas novelas que me han facilitado compañeras de clases i ellas me han puesto algo... cómo diré... romántica, ya que así es como me llaman mis amigas.

Yo lo conozco mucho a Ud., sé donde vive, sé quien es su familia, sé que que Ud. debiera ser un muchacho feliz... completamente feliz... Lo he visto entrar en la Universidad entre una turba de jóvenes alegres que rien a carcajadas y Ud. siempre así, con esa sonrisa irónica, despectiva, en los labios, i con esa arruga en la frente, de hombre que piensa mucho. Y he sentido este impulso, extraño en una chiquilla de once años, de escribirle, de contarle que yo también sufro, que yo también me siento sola... bien sola en medio del patio de mi colegio, lleno de chiquillas que juegan y rien.

«Ud. escribe?... Si ¡no lo niegue!... Ah! que deseos más locos me dan de rogarle que me escriba una carta larga, que me trate como a una hermanita menor que necesita consejos... Pueda que más tarde ¡no es cierto? cuando nos conoczamos más, lo haga?...

LUCIA

II

Créame no lo había conocido. A costumbre a verlo siempre con ese veston café oscuro y roido en las mangas, con ese sombrero alone de paño negro, puesto con descuido, y sus corbatas anchas, raras... no lo conocí anoche al pasar frente a Ud.

Salía yo de donde Camino con mi hermana casada, cuando de un grupo de jóvenes que estaba en la puerta uno exclamó: «Mira, hombre, que chiquilla tan rica!...»

Miré inconscientemente al del galanteo, era uno alto, melenudo, y a su lado estaba Ud. de levita y sombrero de copa, con un ramo de violetas en el ojal y mirándome

fríamente. Me puse roja como un tomate. Su indiferencia me hirió como Ud. no se podrá imaginar... Por qué Ud. es así? Ah! olvidaba... Ayer la Berta me porfió que vivía en la calle San Antonio y que ella lo había visto muchas veces entrar y salir de una casa que hay allí... no sé por qué me ha dado pena... la pícara de la Berta me ha dicho, aun, que esa es una casa mala.

«No es cierto que la Berta me ha mentido?...»

LUCIA

III

Y... no le voy a escribir más, porque a un hombre «casado» no le debe escribir una muchacha soltera.

Berta no quiso que fuéramos a clases, ayer, y me llevó a la una de la tarde allí... a San Antonio, y esperamos hasta que Ud. entró. Hice un disparate, lo confieso. Lo seguí y le pregunté a la portera si Ud. vivía allí. La muchacha, riéndose, me respondió que no, que iba solo a pasar la tarde con una señorita...

—«¿Qué señorita?» pregunté yo, asustada.

Rioste más aun la sirvienta y después de mirarme un rato agregó: «Que es hermana suya? se parecen mucho»...

—«¡Nó!» le respondí y salí al momento.

A las siete, hora en que, según la muchacha, Ud. salía, volvimos con Berta a expiarlo y efectivamente Ud. salió, llevando del brazo a una joven chiquita, elegante, de ojos muy negros, muy vivos, y una boquita monísima.

Pasamos nosotras bien cerca de Uds. dos, rozándonos casi los codos. Ud. iba callado y siempre con ese gesto de suprema altivez, de supremo desden, mientras la colgada de su brazo, le decía «Nó... no volveré jamás... a que?... si tú ya no me quieres, ni me de seas»...

Y yo lo miré a Ud. ansiosa por escucharle la respuesta, pero Ud. permaneció impasible, limitándose solo a encojerse de hombros.

Oh! yo lloré, si, lloré... me pareció que yo era ella, que yo lo amaba a Ud. con toda mi alma, que yo era su esposa, su querida, su esclava y Ud. me hacía ese gesto desdenoso... un gesto como no he visto en ningún otro hombre. Si amado por mujeres así, lindas, elegantes, sufre siempre ¿a qué persisto yo en mi afán? Que voy a poder hacer yo con mis once años apenas? Cómo voy a alegrarlo yo cuando tantas... tantas no lo han conseguido?

Y por esto, esta será mi última. Adios! Perdóname que lo haya añadido espiando...

LUCIA

IV

Tales son las tres esquilitas perfumadas que guardo cuidadosamente en mi escritorio: me hablan ellas de una almita de mujer, de una almita de mujer de once años.

ANTUCO REPE E.

Noviembre de 1910.



ese vapor cristalino que empeñaba sus cálidas pupilas azules? ¿No suspiraba acaso por su poeta su almita romántica de muchacha novelera? Por lo mismo que no podía esperarlo ni con la palabra ni con la acción, todo su cariño, su ansia de ser querida, vibraba en su vocesilla mimosa y cálida, enamorada y argentina:

Era una niña muy rubia
con los ojos muy azules,
con las mejillas muy blancas,
y muy blanco el corazon,
que soñó siendo tan niña
con besar los rizos de oro
de un querube jugueton.

Un agradable silencio reinó en el salón, esperando la segunda estrofa; mientras la chica punteaba la guitarra, alargando el acorde: Ernesto cerraba los ojos; y sentía pasar por sus nervios una ternura dulcísima, una embriaguez divina en la cual sonreía injénicamente una boquita rosada y cándida:

Pasaron las primaveras,
y los inviernos pasaron;
la niña volvióse jóven,
el botón se volvió flor;
y un dia azul, muy azul
la blanca niña una cosa
escondió su corazon.

Encontró los versos de una sencillez admirable, de una frescura refrescante, como si el poeta hubiese rimado algún escondido sentimiento de su alma; y él que sentía en ese momento un amor rejuvenecido, como un antiguo recuerdo vuelto á la vida ó como un ensueño que de pronto cobrarse realidad, notó que Juanita sentía algo muy semejante; que también ella encontraba en esas estrofas tal vez de un desconocido poeta popular la esteriorización de una emoción oculta en el fondo de su alma:

Y se pusieron entonces
mas azules sus pupilas,
mas dorados sus cabellos
y mas blanco el corazon;
y entonces también se supo
que lo escondido por ella
no era otra cosa que amor.

plata, esparcida como polvo en la dilatada negrura del aire nacía en las colinas de la ribera del Maule, subía á la inmensurable altura del firmamento, y se abatía en las montañas rocosas de la rosta, donde cantaba la espuma la armonía de las olas.

Había guardado silencio, apoyándose en el brazo de la madre que sonreía cariñosa, más que con los labios, con las húmedas pupilas, poseedoras dichosas de un gran corazón

—¿Sabes, Ernesto, que Manuelito Eliot le dió calabazas á la Lucha?

—¿Sí? ¿No decían que la quería tanto?

—Así decía él: en el mundo no había para él más que su Luchita. ¡Ya ves tú!

—Los hombres son así, murmuró la hermana Sara sentenciosamente.

—¿Así, Sarita? ¿Y las mujeres?

—Las mujeres quieren siempre, no olvidan nunca.

Ernesto sonrió alegremente:

—No olvidan nunca? ¡Diablo! Lo malo está en que eso lo dicen sólo las que han sido engañadas; las otras, en cambio, se entretienen en repartir miradas y sonrisas en una media docena de hombres.

—Esas serán algunas, apuntó seriamente la hermanita menor...

Toda la familia rióse de esta salida

—¡Holá! ¡Tiene mal jenio la señorita rubia!

—Mamá, cuidado que hai un hoyo, chilló en el silencio el alerta generoso de uno de los chicos...

Llegamos, por fin, á casa de las señoritas Valenzuelas, las viejas solteronas del colejo católico, hermanas del viejo párroco Valenzuela que había llegado al pueblo al declararse la guerra del Pacífico: aun se mantenía en pie canoso y grave, contento de haber hecho una fortuna y de haber pintado las paredes y las pilastres de la iglesia: cosas que, por lo demás, caben perfectamente dentro de una cabeza pequeña ó de una sotana raída.

Al golpe de la aldaba mohosa, una turba de mujeres altas y esqueléticas, precipitáronse en el pasadizo: una sirviente sostenía una lámpara de parafina, sucia y roja, que humeaba como la chimenea de un vapor; tras de las polleras de las beatas, como ocultándose entre ellas, escurriáse una muchachita bajita y gruesa, presa de uno de esos rubores difícilmente dominables; y que solo ostentan su fresco color de rosa en las mejillas de las provincianas.

—Luchita, enciende la luz del salon.

Y otra chiquitina, mas bajita y mas gruesa que la primera, apareció en el fondo del pasadizo arreglándose los cabe-

llos: sus recientes calabazas no la impedían ser vivaracha y coqueta, apesar de querer mucho á su Manolo, un muchachuelo gordito y crespo que hacia con ella una pareja más cómica que jentil. Y mientras las familias confundíanse en cumplidos en el umbrial del salon, Luchita González subiase á una silla y encendía la lámpara belga, lámpara antigua, de gran pantalla adornada de lánguidos lagrimones de cristal. Huemeaba la mecha; y se resistía á encenderse apesar de que Luchita González raspaba furiosamente la parte carbonizada y gastaba un paquete de fósforos.

En la semi-penumbra, la pequeña escena de la vida social maulina tenía un encanto injenamente cómico: en la puerta la familia y las visitas presenciando el cuadro á la media luz rojiza que despertaba de su sueño los viejos muebles enfundados; y el piano antiguo, bajito y decrepito, con sus rudos calados de madera, á traves de los cuales se destenía una tela encarnada. En las paredes, oleografías destenidas y retratos antiguos, por primera vez tenían un relieve de realidad, en el fondo oscuro y tétrico del cerrado aposento...

— Parece que no tiene parafina, tia, jimoteó Luchita González, enrojecida y confusa, renunciando á hacer la luz en la cansada lámpara belga, que había presenciado tantas tertulias y escenas de la vida del Maule.

Al bajarse, mostró su gruesa pantorrilla de muchacha robusta. Los Ramírez menores cuchichearon en voz baja, reteniendo carcajadas juveniles...

Ernesto observaba á su amada sin acercarse; y una dulce ternura lo invadía: ¡Qué injénua gracia sonreia en sus tiernas pupilas azules y en sus mejillas llenas de rubor, qué dulce simplicidad en el cariño, qué grata serenidad en su boca rosa la y sana; y qué espontáneos y ardientes desbordes de ternura en su cuerpo robusto y ágil y en su alma clara de muchachita provinciana. En ella está la vida, pensaba con apasionada energía: es ella la solución de mi problema; ya estaba harto de complicaciones enfermizas y crueles que empequeñecen al hombre y degradan la vida: ¡Qué lejos estais, coquetuelas insustanciales de la ciudad, ridículos escritores que haceis de la vida una fiebre sensual y dolorosa. Cuando se tiene un gran corazón, abierto jenerosamente á la vida, no hay necesidad de alucinarse: la vida entra en él como el mar en el interior de una gruta, desbordado y potente, llenando todos los rincones, con la grata frescura del amor humano, con el dulce rocío embriagador y puro de un alma de mujer enamorada!

Ante aquella tranquila escena de familia donde todavía

no había entrado la perversión del lujo sin progreso, sentía profunda emoción; agradecía con miradas de cariño, á las desgarbadas solteronas que habian conservado injénua y pura á su Juanita sin marchitarla, apesar de sus arraigadas costumbres religiosas, su alma de mujer; pero era muy aplicable el caso: su sencillez de alma las había hecho beatas; no había fiebre mística alguna en sus ojos claros de mujeres llenas de salud; y en aquél apartado paraíso maulino, en la pureza del aire, en el blanconde de la espuma, en el tranquilo azulear del río amado, conservaban el verdadero tipo clásico de la solterona del refran español: vestian santos.

La observaba con cariño, sentada en un rincon del salon, ruborizándose á cada mirada suya, y jugueteando, próxima á la ventana, con la cortinilla bordada por donde tantas veces brillaron temerosos y audaces sus lindísimos ojos de mujer verdadera.

¡Con qué fuerza sentia renacer su voluntad entre los escombros de su pasado: con qué fuerza salía de su corazon un porvenir tranquilo y luminoso, la vida profunda y suave del hogar que da mas frutos que el largo vagabundaje, la vida aventurera del que busca emociones y se embriaga de vida como un borracho de alcohol! Tanto el que dá un golpe de barreta en el suelo como el que produce una idea son respetables y grandes: hacer un libro y educar un hijo ?aca so no son simbólicamente los dos grandes ideales de la vida?

Ernesto miraba con tierno respeto, á la pequeña mujercita que en su pensamiento sería la realizadora de su ideal, la que velaría sobre él con la grata solicitud de la mujer que ama verdaderamente, y ya tranquilo, aquietado su pensamiento, puesto su ideal en marcha; la vida lo empujaba con la muda potencia de sus fuerzas hacia el porvenir soñado.

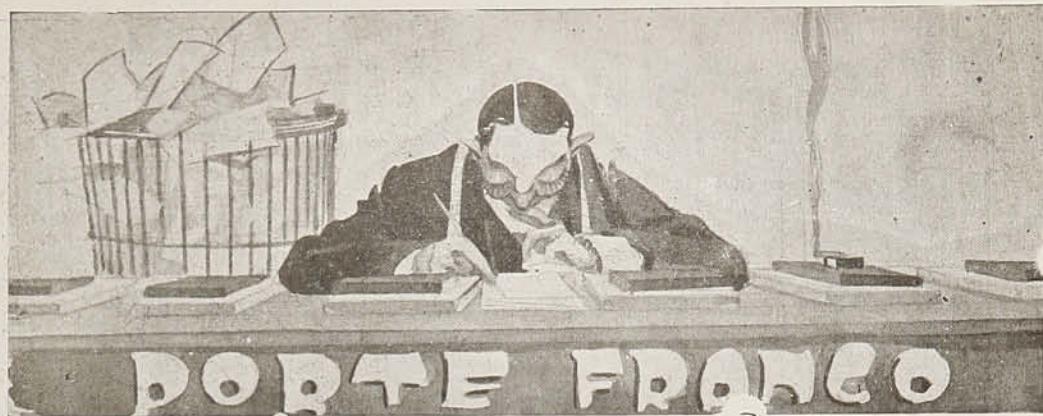
— Ud. Juanita, cantaba ántes muy lindas canciones.

Juanita ruborizóse intensamente. Balbuceó confundida:

— Nò, pero ahora no. Hace tiempo que no canto.

— Exijale, Ernesto. Ayer no más cantó, afirmó con dulce autoridad la hermana Luisa, segura de que Juanita saldría con éxito del paso.

Ernesto atravesó el salón; y estrafo una guitarra de un rincon de la estancia: su buena memoria le evocó antiguos recuerdos, sus primeros amor es al arrullo de la dulce voz de Juanita que afirmaba amarlo triste. Se llenaban de lágrimas sus ojillos querendones, al cantar las tristezas del gaucho ó las penas del enamorado Baturro del Guitarrico. ¿No tenía el suave misterio de una alma tímida y enamorada



Sr. E. T. H.—Valparaíso.—Su carta muy amable, pero sus versos, malos. Agradecemos la primera, y arrojamos al canasto los segundos. ¿Está usted conforme?

Sr. M. V. T.—Valparaíso.—Nos advierte que es la primera vez que se dedica «á las poesías.» Muy mal hecho. No debía haberlo hecho nunca.

Sr. R. G.—Pte.—Sus versos son buenos. Los publicaremos en cuanto haya espacio; pero le advertimos que demorará, pues composiciones aceptables nos llegan á toda hora.

Sr. R. P. C.—Presente.—Responda Ud. mismo ¿pueden ser publicados en un semanario de arte, versos moralizadores que hablen del alcoholismo, de O'Higgins y de la «banda»?

Sr. R. L. O.—Pte.—Publicando los pasatiempos que Ud. nos ofrece, no estaríamos de acuerdo con la índole de esta publicación. Además eso ya carece de novedad. Agradecemos su atenta carta.

Bohème.—Presente.—Su trabajo «Nostalgias» es muy bello. Envíenos su nombre y se publicará.

Des Grieux.—Presente.—Gracias por su carta. Sus versos carecen por ahora de estilo. Mándenos otra cosa.

Sr. P. F. G.—Presente.—Sus versos son morales pero carecen de arte. Corrijase y vuelva á enviarnos algo.

Sr. Caxigal.—Presente.—Sus versos son muy «bonitos», pero demasiado largos. Ud. comprenderá que no podemos admitir trabajos un poco extensos, á no ser que los autorice una firma conocida y reputada.

Sr. Nicks.—Presente.—«A Lucía» es una prosa bien escrita pero falta completamente de interés, y Ud. comprenderá que el público es exigente.

Teresina.—Presente.—Lo mismo que al anterior.

Sr. C. F. de la F.—Presente.—No se devuelven los originales no solicitados por la redacción.

Sr. C. B. U.—Presente.—«Los besos de la noche» revelan temperamento. Mande otra cosa.

Sr. D. L. G.—Valdivia.—Usted dice que no es literato ni poeta, solo un aficionado á las letras y las artes. Lo adivinamos porque sus versos no son malos. Estudie. Lea buenos libros. Observe la vida. Ensaye sin desalentarse, y después, piense en publicar.

Sr. C. B. B.—Coquimbo.—No es posible publicar su canto «A la Humanidad» en nuestro semanario. Habría que hacerlo en varios números. Además el folletín está ocupado....

Sr. R. B. B.—Coquimbo.—Sus versos son ridículos, mal medidos y mal escritos. Para muestra:

Dile, dile tu cuanto la quieras,
Niña donosa.
Niña linda como un querube, del cielo
Despercidial

Sr. H. R. E.—Presente.—Su «Desengaño» no es publicable.

Sr. J. F. A.—Presente.—Lo mismo que al anterior.

Sr. A. S. L.—Pte.—Repetimos que esta revista no es para principiantes. ¿Por qué es ese afán de dar á conocer al público todos sus ensayos?

Sr. J. C.—Presente.—Acuérdese de que estamos en pleno siglo XX. Eso hubiera resultado hace doscientos años.

Sr. Marco.—Pte.—Nuestra revista no puede acoger todos los ensayos de los principiantes. A juzgar por los versos que me envía, Ud. todavía no ha estudiado métrica.



IDILIO BÍBLICO

(A Aníbal Vicuña V.)

y la dijo: «Levántate porque yo te perdonó».

Su voz—huracanada ráfaga del Eden—
estremeció la dulce palmera de Jesen...

Desde entonces su pecho—perfumado santuario—
guardó siempre á Jesus, ideal relicario;
pues él reverdecía sus ilusiones yertas
y era un soplo de vida sobre sus flores muertas.

Magdala sintió entonces poesía en su estancia
y que de nuevo su alma despedía fragancia.

Entre los sicomoros y los sauces espesos
pasó el viento entonando una canción de besos.

Entre los sicomoros y los sauces espesos,
estallaba la aurora con inquietantes besos.
Bajo el cálido cielo de la verde Judea
abria su corola, mágica flor hebrea.
Era leve, intangible como rumor de ala,
el paso silencioso de María Magdalena.
Enamorada estraña de una ardiente ilusión,
su alma era un lirio enfermo de los campos de Edon;
pues, como hija del cielo, en la tierra maldita
languideció su tallo y se dobló marchita,
y al pensar en divino, inefable consuelo
vió la faz de Jesus al mirar hacia el cielo.
Jesus posó sus ojos en ella sin encono

LOS DOS HERMANOS

Silencio substancial del crepúsculo de la tarde, caído dentro el cuarto; corrillo familiar, triste, minúsculo, eventualmente construido: parto

de recriminaciones, entre el halo de un Sufrimiento, del hermano bueno y mudez honda del hermano malo que palidece de temor obsceno.

(Los dos fueron simiente de una misma maternidad sin cambio alguno; uno quiere subir, sube y se abisma viendo al otro volver tosco, importuno.

Acaso para aquel hermano bueno no debía existir este otro, porque con su eterno estravío hace un veneno de la vida ¡mejor es que se ahorque!

Y el pobre hermano malo vuelve como un enemigo triunfador: abriga, en su exterior pacífico, el aplomo del hambre que no pide pero obliga)

Ambos se miran: largas, cavilosas son las miradas de sus ojos raros. Hay acontecimientos en las cosas y en la grave actitud de los hermanos.

La Noche siiglosa—cual los bultos que vagan por los corredores viejos de las casas vacías—trae sus cultos de sombras y de angustia, en los perplejos minutos en que los hermanos nada encuentran qué decir con la mirada.

Entonces el hermano bueno toma una lámpara y la enciende: mira el hermano malo ¡lo comprende! es un motivo para alejar el silencio.

Despuesse quedan pensativos como antes, inmóviles como antes... (parece que se siente los pasivos movimientos del alma atormentantes).

Y las cuatro pupilas dolorosas se clavan en la luz que parpadea, y en ella, como leves mariposas, las miradas sin fin, se queman.

Talvez en las oscilaciones de la lívida llama de la lámpara esas miradas han de hallar visiones purificantes, dulces, ignoradas.

Talvez veran las pálidas almitas de los padres ausentes, que se abrazan, y que un beso de paz agitan en la luz de la lámpara,

porque el hermano malo sale humilde y agobiado, del cuarto, y en silencio, y porque pensativo y triste queda el hermano bueno...

O. SEGURA CASTRO.

1912.

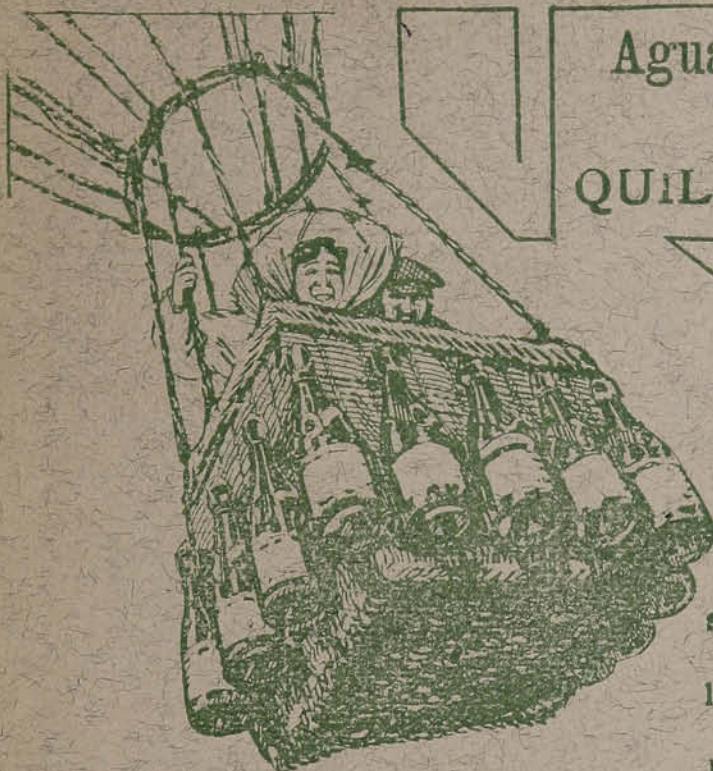


Versos á su boca

Cuando ríe
Inocentemente loca,
Toda su cara se engríe
Del prodigo de su boca.

Y su boca singular
Donde florece el contento
De sus risas inocentes,
Es el estuche sangriento
Del collar
De sus dientes...

Y su risa peregrina
Como alondra pasajera,
Es la mejor pregonera
Del dentífrico “Esmaltina”



Agua Mineral
Fuente del Indio
QUILLOTA

Sana, Agradable, Digestiva
La mejor para acompañar
las comidas.

Imposible pasar sin ella después de
haberla probado **una sola vez.**

Jabones

**PRODUCTOS
JUNOL**

Esencia

—
USELOS UD. TAMBIÉN

JUNOL

—

LOS PRODUCTOS JUNOL

Rejuvenecen dan al cútis
una traspacencia verdade-

Polvos

ramente envi-
dable. : : :

Cremas

Usé los productos

JUNOL

y ya no me cabe
duda de la tersura
y limpidez que ad-
quiere un rostro.

Elegancia



Buen tono



Huérfanos

ESQ.

ESTADO

Huérfanos

ESQ.

ESTADO



FRANCESA

Moda



Chic